

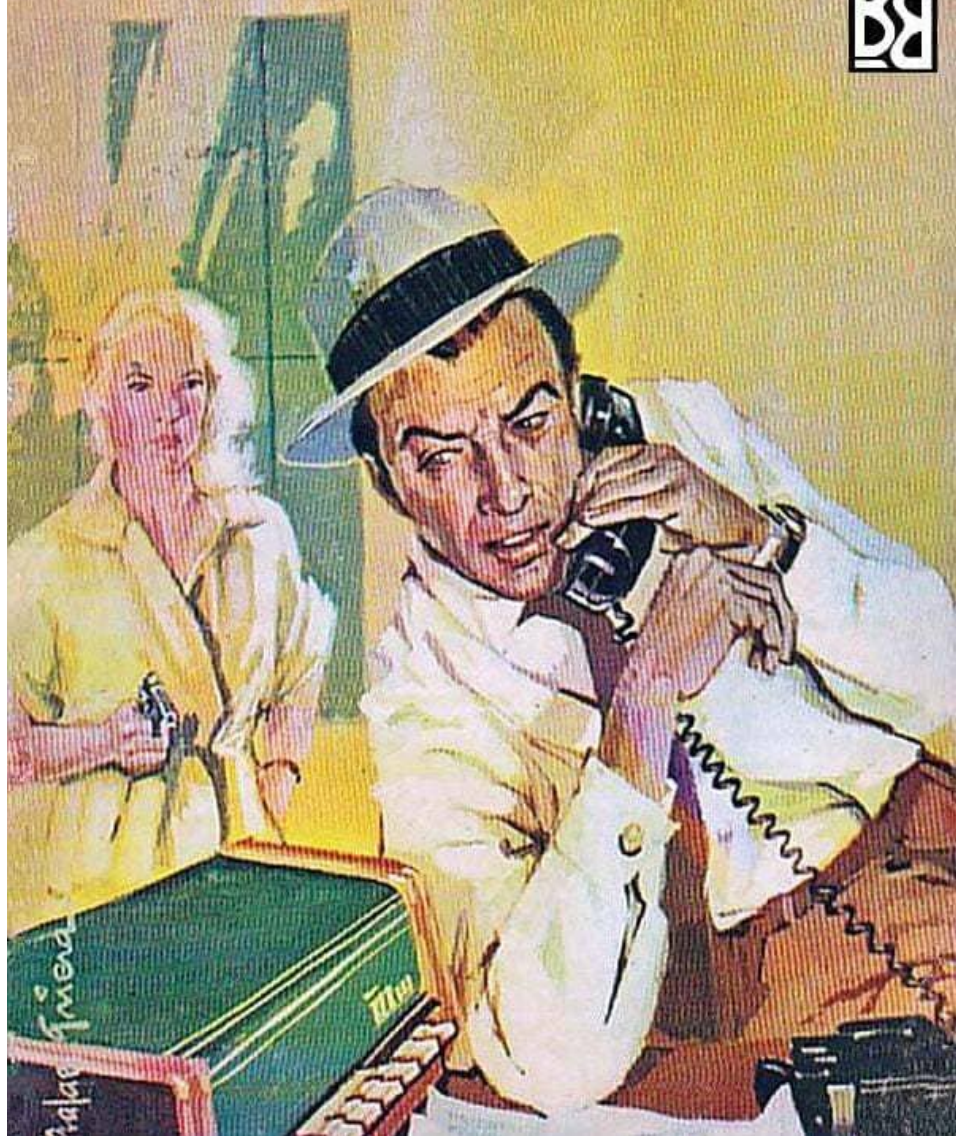
BOLSILIBROS BRUGUERA

**S**  
**S**

SERVICIO SECRETO

# LA LEY DEL SOBORNO

alar benet



La noche, vencedora del crepúsculo, se extendía sobre la ciudad de Chicago.

Irving Carroll, de unos treinta años, alto, de rostro ancho y pronunciada mandíbula, cerciorándose de que no le amenazaba ningún peligro, dijo al que guiaba el automóvil y a otro individuo:

—Tened el motor en marcha y las armas preparadas.

Con paso elástico, apeándose del vehículo, penetró en uno de los muchos restaurantes italianos de la ciudad. Por lo prematuro de la hora, se hallaban vacías casi todas las mesas. En el mostrador, un grupo de hombres jugaban a los dados volteando un cubilete de cuero. Al ver al que llegaba, uno de ellos llevó su diestra a la funda sobaquera. La sonrisa de Irving cortó su actitud defensiva.

—No vengo en son de guerra, Franc Price.



Alar Benet

# **La ley del soborno**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 776**

ePub r1.0

Lds 14.11.17

Título original: *La ley del soborno*

Alar Benet, 1965

Cubierta: Rafael Grier

Ilustración interior: Costa

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**ALAR BENET**

**LA LEY  
DEL SOBORNO**



Col. **SERVICIO SECRETO** n.  
º 776 Publicación semanal  
Aparece los **MIÉRCOLES**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA  
BUENOS AIRES  
BOGOTÁ MEXICO  
RIO DE JANEIRO**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

## CAPÍTULO PRIMERO

La noche, vencedora del crepúsculo, se extendía sobre la ciudad de Chicago.

Irving Carroll, de unos treinta años, alto, de rostro ancho y pronunciada mandíbula, cerciorándose de que no le amenazaba ningún peligro, dijo al que guiaba el automóvil y a otro individuo:

—Tened el motor en marcha y las armas preparadas.

Con paso elástico, apeándose del vehículo, penetró en uno de los muchos restaurantes italianos de la ciudad. Por lo prematuro de la hora, se hallaban vacías casi todas las mesas. En el mostrador, un grupo de hombres jugaban a los dados volteando un cubilete de cuero. Al ver al que llegaba, uno de ellos llevó su diestra a la funda sobaquera. La sonrisa de Irving cortó su actitud defensiva.

—No vengo en son de guerra, Franc Price.

Extendió su mano en un gesto de saludo. Si Carroll hubiese ido acompañado, el que demostró hostilidad al individuo de acerados ojos y agresiva mandíbula, al recordar los antiguos métodos del gangsterismo. —Al Capone, Colosino, O'Banion...

—habría supuesto que Irving intentaba suprimirle. Mientras tuviera apresada la mano de Carroll, el peligro era nulo.

Se equivocó. En los bajos fondos de Chicago se ignoraba que Irving Carroll, llegado meses atrás de San Francisco, era ambidextro. Mientras sujetaba la derecha a Franc Price, con la izquierda esgrimió un revólver, disparándolo contra la cabeza del que acababa de engañar.

Soltó la mano para dejar que cayera y encarándose con los que habían contemplado la escena, dijo:

—Hacía mucho que no le daba gusto al dedo. Volveré a matar si

alguno de vosotros me denuncia. ¿Entendido?

Nadie le contestó. Los camareros y los que jugaban con Franc Price estaban pálidos, temblorosos, mitad de terror, mitad de asombro por el salvaje crimen. El cubilete de cuero rodó del mostrador y los dados mostraron una mala jugada: dos nueves.

Irving, sin dar la espalda a los amigos del que acababa de asesinar, retrocedió, enfundando el arma en la puerta del establecimiento, en la que comenzaba a aglomerarse la gente, atraída por las detonaciones. Carroll abrió paso y penetró en el coche.

—Por hoy hemos terminado.

No se había alterado su voz.

—¿Te fue difícil? —inquirió el chófer.

—En absoluto. Cayó como un novato.

El vehículo, diestramente conducido, recorrió la zona más lujosa de la ciudad, comprendida entre las calles de Michigan, Drexel, Cass, Pine y Rush, y los bulevares Jackson y Washington, para detenerse ante un hotel de dos plantas en el paseo de la Orilla del Lago. Ninguno de los tres hombres se apeó, limitándose el conductor a tocar el claxon con insistencia. Desde el interior franquearon la ancha puerta del jardín y penetraron en un camino para carruajes que comunicaba con la entrada principal del edificio.

Irving Carroll, dejando a sus dos compañeros el cuidado de encerrar el automóvil, cruzó un amplio *hall*, en el que dos hombres, sentados en cómodos butacones, fumaban junto a una mesa de centro. Sin dignarse mirarles, con porte altivo, subió unas anchas escaleras de mármol, alcanzando un rellano en el que otro individuo montaba guardia.

—¿Y el jefe? —preguntó Carroll.

—En su despacho. ¿Qué tal la cosa?

Irving, con un desdeñoso frunce de labios, no le contestó. Anduvo por un corredor, llamando con los nudillos a una de las puertas. Sin esperar entró en una lujosa habitación ocupada por tres hombres, dos de ellos clásicos tipos de delincuentes profesionales. El tercero, que ocupaba el sillón de la mesa, podía ser fácilmente confundido por un *gentleman*. Su rostro, inexpresivo, era delgado, de líneas angulosas. Los labios finos, denotaban crueldad y los ojos, con un leve matiz asiático, acentuaban tal impresión. Un monóculo

y el pelo liso y peinado hacia atrás completaban el conjunto, en parte repulsivo y en parte atrayente.

Carroll, en pie, aguardó en vano a que le interrogaran. El silencio, por lo prolongado, acabó tornándose hostil. El asesino de Franc habló:

—Sus órdenes han sido cumplidas, jefe.

El aludido, sin moverse, inquirió con voz meliflua:

—¿Qué órdenes?

El estupor de Irving llegó al máximo.

—¿No recuerda? Me mandó que liquidara a...

—¡Calle! ¿Me confunde con un criminal? Wallace Cookman se rodea de colaboradores para sus asuntos lícitos. Nada más.

Hubo una larga pausa. La arrogancia de Irving se manifestó en una frase colérica.

—¡Déjese de farsas, jefe! Nadie nos escucha que no sea de plena confianza. Hace media hora que he liquidado a Franc Price. Vengo por los quinientos dólares que me prometió.

Wallace Cookman se puso en pie, sin perder su frialdad característica. Señaló un sobre.

—Tengo esa suma a su disposición por trabajos extraordinarios. ¿Por qué se empeña en mezclarse en sucios negocios de sangre?

Perdida la paciencia, Carroll barbotó:

—¡Usted me dijo que suprimiera a Franc Price! Eso vale quinientos «pavos». Nadie se ha atrevido a despenar a ese «tipo» más que yo.

La mano derecha de Cookman cruzó el rostro de Irving.

—¡Imbécil! Tendré que prescindir de tus servicios.

El agredido quiso empuñar un arma, pero algo duro se clavó en su espalda al tiempo que una voz le prevenía.

—¡Quieto!

Notó que unas manos ágiles le privaban de sus dos revólveres, cacheándole en busca de una tercera pistola que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón. Irving, comprendiendo que perseverar en su actitud de violencia representaba la muerte, inclinó la cabeza.

—No quise hacerlo, jefe.

Wallace Cookman, acercándosele, sin que se alterara su rostro, le previno:

—La próxima vez diré a los muchachos que te den un paseo por las afueras de la población. El panorama del lago es maravilloso a la luz de la luna, si se organiza una buena quema de fuegos artificiales. Oyeme atento. Eres un hombre útil, de valor sobrado y de magníficas cualidades. Te aseguro un buen porvenir si atiendes mis consejos.

Irving Carroll creyó llegada su última hora. Raymond Dixon, lugarteniente del «boss», que le encañonaba por la espalda, le había prevenido sobre el carácter del «patrón», como él le designaba. Jamás permitió confianza a ninguno de sus hombres ni dejó de tratarles ceremoniosamente.

—Es terrible cuando habla de tú. Aunque no lo parezca, ha perdido su característica flema y debe esperarse de él un tajo en la garganta. No he visto a nadie que maneje mejor el cuchillo ni que lo empuñe con mayor facilidad. Lleva una funda en la manga derecha y basta un movimiento para tener el acero en la mano.

Wallace, con tono mesurado, luego de un breve silencio, prosiguió:

—Me han asegurado que eres un buen camarada. Rehúyes el trato de los muchachos, adoptando modales de hombre importante que sólo a mí corresponden. Tú eres un empleado mío, como los otros. Podré distinguirte o no con mi afecto personal, pero ello no te da derecho a ensoberbecerte. Muchos pensaron como tú y ya no viven. Tuvieron un «accidente» que yo fui el primero en lamentar. Espero que cambies de conducta y tomes de vez en vez una copa con los «chicos». ¿Lo harás?

Irving tragó saliva. Cookman se había apartado un paso, quizá para asestarle el golpe mortal. No se acobardó. Repuso con voz firme:

—Sí.

Los dos hombres se midieron con la mirada. Al fin, el «boss», sentándose de nuevo en el sillón de detrás de la mesa, ordenó a Raymond Dixon:

—Entréguele esos «juguetes». Siento una particular estimación por el señor Carroll.

Irving, respirando aliviado, esbozó una sonrisa, mientras se guardaba los revólveres y la pistola.

—Gracias, jefe.

—Contésteme a una pregunta. ¿Le he encargado yo que asesine a Franc Price?

Irving crispó los puños, esforzándose en dominarlo.

—No. Actué por propia iniciativa.

Wallace sacó un pequeño aparato de cinta magnetofónica, colocándolo sobre la mesa.

—Así me gusta. Repita ahora: «El señor Cookman nada tiene que ver con mis crímenes. Yo sólo soy el responsable. El se limita a encargarme cometidos lícitos relativos a su negocio de alcoholes».

Seguro de ser obedecido, oprimió una palanca, poniendo en funcionamiento el magnetofón. Carroll observó que Raymond Dixon y el otro *gángster* tenían las manos peligrosamente cerca de las fundas sobaqueras y, con un volcán de rencor en las entrañas, dijo lo que se le ordenaba. Cookman, satisfecho, desmontó la cinta, guardándola en un sobre.

—Es usted un buen chico. Tome quinientos dólares e informe a mi lugarteniente de lo que pueda interesarme.

Entregó un sobre a Carroll, saliendo de la estancia.

—Has tenido suerte, Irving —comentó Raymond Dixon—. Eres el único hombre que vive después de enfrentarse con el jefe. Sentémonos. Llevas poco tiempo entre nosotros y no conoces sus costumbres. Se puede trabajar para él. Nos trata como a caballeros.

—¡Caballeros...! —repitió sarcástico el aludido.

—Sí. No te preocupes por tu confesión. Posiblemente se olvide de que existe. No ha querido sino probar tu obediencia. Es un hombre de hierro. ¿Cómo te las arreglaste para liquidar a Price? Era considerado como el más diestro «bigshot» de Chicago. Él te conoce y nada bueno podía esperar de los «gang» de Cookman.

—Le engañé con un truco viejo, el mismo con el que Al Capone «despenó» a Poe Howard en el comienzo de su carrera. Un apretón de manos. Utilicé la izquierda. Los antiguos métodos son los mejores. Estoy de acuerdo con el jefe.

—Con él iremos lejos. Poco antes de que tú entrases me ha dicho que repartirá con nosotros el veinticinco por ciento de los beneficios. Desea que seamos sus socios o colaboradores.

—Buena idea. ¿Me necesitas?

—Eres libre o no de acompañarme. Voy a repetir lo que tú has hecho cerca de Anthony Bliven. Será más fácil. Su «boss» prometió

colocarle «en el blanco». Has terminado ya tu cometido.

—Me aburre la inactividad. ¿Quién conducirá?

—Hugh Ravenal. Viniendo tú conmigo, no necesito a nadie más.

—¿Qué coche utilizaremos?

—El «Land Cruiser», un «Studebaker» equipado especialmente para estos menesteres. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Hugh Ravenal, que por animosidad contra Carroll había permanecido en silencio durante el diálogo, se separó de los dos hombres, dirigiéndose al garaje para sacar el automóvil en el que Irving montó, acariciando la tapicería de nylon, de vistoso colorido.

—Bonito «cacharro». Parece propio de unos enamorados. ¿Bastarán las pistolas?

—No. Alza el asiento.

Así lo hizo Carroll, descubriendo un hueco en el que había cuatro metralletas de tambor, granadas de mano en dos anchos cinturones de cuero y tres fusiles de cañón cortado y terrible eficacia. Raymond Dixon tomó uno.

—Elige el arma que quieras.

—Prefiero una metralleta.

Irving revisó el mecanismo con sonrisa placentera. Parecía un artista examinando su obra o instrumento favorito. El lugarteniente de Wallace Cookman le observaba.

—¿Con quién trabajaste en San Francisco?

—»Solo. Mi carácter se aviene mal a la subordinación. Por eso fracasé. Para vivir del delito hoy día se precisa, más que valor y audacia, influencia política. Me siguieron de cerca los federales.

—¿Los federales? ¿Qué buscaban los sabuesos del

F. B. I.?

—Pasé billetes falsos que compraba a bajo precio a un tal Smith. Me deshice como pude de ellos y, en trance de estar detenido, me dije que necesitaba poner muchas millas entre San Francisco y yo. Por eso vine a Chicago, donde residía una antigua amiga, Dorothy Fielding. Me recibió bien sin merecerlo. Al surgirle que necesitaba ingresar en una organización que me amparase y que, a la par, me proporcionara beneficios, me dio tus señas. Lo demás ya lo sabes.

El Studebaker corría velozmente en dirección al barrio comercial. Raymond Dixon miró al conductor, del que les separaban

unos cristales.

—Te tengo afecto, Irving, porque estimo a los bravos. Has tenido suerte de que no te oyera Ravenal.

—¿Por qué?

—Se lo hubiese dicho al jefe y entonces...

Con el dedo índice de la mano derecha, el *gángster* hizo ademán de cortar el cuello. Carroll tornó a interrogarle:

—¿A mí?

—Cookman no teme a nadie en este mundo con excepción de los federales. Ignoro qué habrá en su pasado, para que se aparte de todo cuanto entra en la jurisdicción del F. B. I.

Si se entera de que ellos te persiguen, aprovechará la primera oportunidad para liquidarte. Tranquilízate. Yo no he oído nada.

—Te lo agradezco. Con hombres como tú se puede ir lejos. ¿Ravenal es un «informador» del «boss»?

—No. Es un buen chico. Pero te odia. Haz por ganártelo. Te conviene más su amistad que su rencor.

—Lo procuraré. Te lo prometo.

Guardaron silencio. Raymond Dixon consultó su reloj de pulsera.

—Falta media hora y estamos llegando —golpeó en los cristales con los nudillos. El conductor abrió—. Da una vuelta por La Salle. Te avisaré en el momento oportuno.

Cruzaron despacio frente a la antigua Cámara de Comercio, el Hogar de Nueva York y la Caja de Ahorros. Quien les viera, recostados en el lujoso automóvil, pensaría que se trataba de turistas ávidos de contemplar las más típicas calles de la población. Ravenal se había aislado de nuevo, como si le molestara oír la voz de Carroll, que insistió:

—El miedo del jefe a los federales, ¿no será motivado porque tuvo algún tropiezo con ellos?

—Lo mejor es que no volvamos sobre el tema. Puede ser peligroso para los dos. ¿Un cigarro?

—No vendrá mal.

Las armas descansaban en el suelo del vehículo. Los dos hombres encendieron los pitillos, aspirando el humo con voluptuosidad, como empedernidos fumadores.

—No hay demasiada vigilancia en el distrito —comentó el

lugarteniente de Wallace Cookman.

—No. ¿Nos da tiempo a tomar una copa? Quiero invitarte con estos quinientos «pavos». Así invertiremos mejor el tiempo.

—Bien.

Raymond Dixon pegó de nuevo en los cristales para ordenar a Ravenal:

—Para en el primer «Drug». Vamos a remojar el «gaznate».

—Yo invito, Hugh —se apresuró a agregar Irving—. Cookman me ha dado una buena lección y quiero seguir sus instrucciones. Me he comportado con vosotros como un estúpido perfecto. ¿Seremos amigos?

Carroll sonreía, conciliador. Ravenal, hombre primitivo, admitió:

—De acuerdo. Es mejor así.

Guardaron las armas y, cerrando el coche con llave, penetraron en un local mezcla de heladería, comercio de comestibles, restaurante y farmacia, acomodándose en las banquetas giratorias del mostrador, próximos a la puerta. Carroll pidió:

—Tres dobles de *whisky*.

No tardaron en servirles el licor, e Irving hizo despachar una nueva ronda. Después, tras abonar lo consumido, subieron de nuevo al «Land Cruiser» y, empuñando las armas, dirigieron despacio al sitio en el que un hombre aguardaba, por encargo de su «boss», la entrega de un importante mensaje, ignorando que estaba en el blanco, lo que significaba, en el «argot» del hampa, sentenciado a muerte. Raymond Dixon dio instrucciones al conductor.

—Pon tu reloj con el mío. Son las nueve menos cinco. A las nueve en punto pasarás despacio junto a la fuente de Drake. Ye con cuidado. No olvides que Anthony Bliven es un peligroso enemigo. No cierres los cristales.

Entre las Casas Consistoriales, dos magníficos edificios de piedra caliza, se alza en Chicago una figura en bronce de Cristóbal Colón, inaugurada en 1892, y a la que rodea una magnífica fuente, a cuya altura Ravenal llevó el Studebaker con el último segundo de su cronómetro, cuya aguja señalaba las nueve.

—¡Ahí está! —exclamó Raymond Dixon—. Le tiraré con la escopeta.

Sacó los dos cañones del arma por la ventanilla, apuntando a un hombre que paseaba distraído. La presunta víctima debió intuir el

peligro, porque, de pronto, se puso tensa, llevando la derecha a la funda sobaquera, al tiempo que se dejaba caer al suelo. Las gruesas postas, disparadas por el lugarteniente de Cookman, se clavaron en su cuerpo, haciéndole retorcerse. Irving, con ensañamiento, le acribilló también.

—¡A toda marcha, Ravenal!

Los numerosos viandantes se apresuraban a huir del lugar donde acababa de perpetrarse el cobarde atentado, mientras el Studebaker se alejaba a gran velocidad.

—Se dejó cazar como un estúpido —exclamó Carroll.

—No esperaba que su jefe le pusiera en «el blanco».

—¿Por qué lo hizo?

—Por imposiciones de Cookman. Su «boss» es Lester Sanderson y abastece una zona del «Loop» considerada como nuestra. El que acabamos de suprimir mató a tres de nuestros muchachos. Así queda firmada la paz, al menos hasta que...

Una sirena se alzó en el aire. Carroll, mirando por el cristal, dijo:

—Es un coche patrulla. Mejor es que Ravenal le permita acercarse. Le destrozaré las ruedas delanteras.

—No. Tengo algo mejor. Hugh, dobla por la calle del Estado.

EL Studebaker, a impresionante velocidad, penetró en el centro principal de ventas al por menor: Irving, viendo a Dixon oprimir un resorte oculto debajo de una guarnición de lagarto sintético, inquirió:

—¿Qué haces?

—Ahora lo verás.

Por el tubo de escape del «Land Cruiser» de los *gangsters* comenzaron a salir gruesas columnas de espeso humo, formando una impenetrable barrera. El vehículo de la policía, envuelto en un remolino de sombras, se despistó, estrellándose contra uno de los árboles.

—Un buen truco —comentó Irving.

—Sí. También de los viejos tiempos. ¿Qué es eso?

Había sonado un disparo muy próximo. Raymond observó que un turismo se mantenía a la altura del Studebaker y que su conductor, con un revólver empuñado en la mano derecha, se preparaba a disparar por segunda vez contra uno de los neumáticos. Sin reflexionar, Dixon tomó su escopeta, que había cargado durante

la fuga, haciendo fuego contra el entrometido, que se dobló sobre el volante con la cabeza deshecha.

—Listo, Hugh. A casa.

Irving se volvió para ver cómo el pequeño automóvil se precipitaba sobre la acera. El lugarteniente de Wallace Cookman, gozoso por haber escapado a la persecución de las autoridades, exclamó:

—No hay nada como una escopeta de cañón corto. Sus tiros son siempre mortales.

Carroll contestó con una pregunta que le obsesionaba:

—¿Quién sería el individuo del turismo?

—Mañana lo sabremos por la Prensa. Dejemos el coche en el hotel del paseo de la Orilla del Lago y vayamos a «El As de Trébol». Dorothy tiene unas amigas encantadoras.

—¿Y ella no lo es?

—Sí; pero le gusta al jefe y resulta peligroso cruzarse en el camino de Cookman.

No hablaron más hasta llegar a la residencia de Wallace, que les esperaba. Raymond Dixon le narró lo sucedido, procurando no omitir detalle.

—No tuve más remedio que «cargarme» a ese tipo, jefe.

—Lo comprendo. Un lamentable «accidente». Diviértanse. Adiós.

Les hizo una seña con la mano para que se alejaran. Luego descolgó el teléfono, marcando varias cifras.

—¿Inspector Allan Clemens? Le habla un amigo...

## CAPÍTULO II

El «As de Trébol» era un *nigh-club* único en Chicago, por estar rodeada la pista de baile, en torno a la que se apiñaban las mesas, de una serie de pequeños palcos, con cortinas exteriores, que se podían correr a voluntad de los que los ocupaban, convirtiéndose en discretos cuartos. Los establecimientos de tal índole fueron clausurados con excepción del de Wallace, ignorándose la razón, aunque todos lo sospechaban: soborno.

Como en los tiempos heroicos de Chicago, en las oficinas de la fábrica de licores propiedad de Cookman había establecidas nóminas para altos funcionarios, oficiales y políticos con el pretexto de figurar en la sociedad como consejeros.

En el *night-club*, dábase citas seres de doble vida, hombres y mujeres que durante el día se mostraban intachables y que de noche dejaban desbordarse sus pasiones. La impunidad de que gozaba el local, proporcionaba a los que frecuentaban el «*cabaret*» la certeza de que sus nombres no figurarían en ningún escándalo en el caso de una investigación policíaca.

Cuando Raymond Dixon, Hugh Ravenal e Irving Carroll penetraron en «El As de Trébol», éste se hallaba abarrotado de público.

Los secuaces de Cookman, por orden de su jefe, tenían reservadas media docena de mesas en las proximidades de las puertas que comunicaban con el pasillo de los palcos y con las dependencias interiores. Los tres *gangsters* se acomodaron en una de ellas, pidiendo una botella del mejor *whisky*.

—Yo pago —les había dicho Irving.

En el escenario, amplio y levemente circular, evolucionaban una docena de bellas muchachas, mientras una mujer de espléndida

belleza, ataviada con su traje de noche que dejaba al descubierto unos hombros perfectos, interpretaba una moderna melodía. Al terminar el número, una salva de aplausos premió el trabajo de las artistas, que, descendieron al salón por una escalera forrada en terciopelo granate, se dirigieron al encuentro de sus amigos, asiduos clientes. Dorothy, que se encaminaba a una mesa ocupada por un hombre joven, vio interceptado su camino.

—Hola, Carroll. ¿Cómo por aquí?

—A verte. ¿Quieres bailar?

—Ahora no. Tengo comprometido el primer baile con mi primo Herbert Mac Nair.

—¿Tu primo?

—¿Lo dudas? Me da lo mismo. Hago lo que me parece y a nadie he de dar explicaciones.

—Ni yo te las pido.

Bruscamente, Irving giró sobre sus talones. La muchacha, desconcertada por la brusca actitud de Carroll, se acercó al que la esperaba.

—¿Quién era ese individuo? Tiene aspecto de matón.

—Un antiguo conocido. ¿Te aburres?

—Estando a tu lado es imposible.

Herbert Mac Nair, observando que Dorothy miraba de reojo a la mesa ocupada por Irving Carroll, que tomaba grandes tragos de *whisky*, se esforzó en distraer a la muchacha. La orquesta inició una dulce melodía criolla.

—¿Bailamos?

—Sí —accedió la muchacha.

Raymond Dixon, con gesto despectivo, preguntó a Carroll:

—¿Dices que es su primo?

—Sí.

—Nunca le oí hablar de él. Parece un hombre decidido.

Un camarero interrumpió el breve diálogo.

—EL señor Cookman les espera en el reservado número dos. Les ruega acudan rápidamente.

Los tres se incorporaron. Irving no pudo evitar un irónico comentario:

—Resulta estúpido trabajar para el «boss». No ordena, ruega.

Wallace no miró la puerta al sentir ruido. Se complacía en llenar

la copa derramando solo un hilillo de *champagne*. Dijo:

—Siéntense.

Los *gangsters* le obedecieron. Cookman, depositando la botella en la cubeta de hielo, tamborileó con los dedos de ambas manos en el mantel. El silencio fue largo. No se movió al sentir un fuerte taconeo.

—Hola, Wallace —saludó Dorothy.

No obtuvo respuesta. La muchacha, habituada sin duda al extraño modo de proceder de Cookman, se sentó en un diván del fondo, pidiendo un cigarrillo a Irving, que le tendió la pitillera.

—¿Fuma, jefe?

El «boss», mirándoles por vez primera, aceptó:

—Sí, gracias.

Con afectada galantería, Wallace se levantó para, con un diminuto mechero de nácar, ofrecer lumbre a la muchacha y a sus hombres, encendiendo él el último.

Al fin, muy despacio, meditando mucho sus palabras, comentó:

—Dorothy Fielding, Raymond Dixon y Hugh Ravenal son tres personas a quienes dispenso la máxima estimación y confianza. Me aprecio de conocer a los hombres y, pese a su rebeldía, ya dominada, Irving Carroll goza también de mi afecto.

—Gracias, jefe —dijo el aludido.

—Hace unas horas, dos de los mejores «empleados» de Lester Sanderson han tenido «trágicos entorpecimientos». Me refiero, como es natural, a Franc Price y a Anthony Bliven. Me interesa que le suceda lo mismo al «boss». Un amigo acaba de comunicarme que está con su novia, sin escolta. La chica vive en Haled Street, en el 192, un hotelito de dos plantas que costea Sanderson. Ravenal y Dixon deben hacerle una visita. Para ello entrarán por la parte posterior de la casa, rodeada de jardín; es decir, la inmediata al ferrocarril de Illinois, junto al Michigan. De no ser imprescindible, a la mujer no interesa más que asustarla. Ante la posibilidad de persecución, un segundo automóvil, en el que irán Dorothy y Carroll, se preocupará de cruzarse en cualquier esquina, simulando ser unos enamorados que bebieron más de la cuenta. Hugh y Raymond se apropiarán de un coche. El punto de reunión con Irving y Dorothy será el boulevard Washington, a la altura del parque Garfield, a las dos de la mañana. ¿Alguna duda?

—No, por mi parte —repuso Carroll—. ¿Qué vehículo he de utilizar?

—Mi «Fleetline». Está en la puerta. Que salgan primero Raymond y Ravenal. Hay mil dólares de premio.

Los aludidos obedecieron la indicación, abandonando el reservado. A penas quedaron solos, Irving, Dorothy y Wallace, el «boss», con una diabólica sonrisa, dijo:

—Una vez que ellos arranquen, vuélvanse al *nighth-club*.

El carácter belicoso de Irving, se sublevó:

—¿Una traición?

—No; un justo premio. Tengo ordenado que ninguno de mis hombres se crucen en el camino de los federales. Hoy, Raymond Dixon ha matado a un inspector del F. B. I, y debo entregarlo a la policía para que sea juzgado por tal crimen. No quiero tener sobre mi pista a los mejores hombres del Federal Bureau of Investigation y para ello, nada mejor que colaborar en la captura del criminal.

Carroll, dominándose con un poderoso esfuerzo, inquirió:

—¿Y si hablan?

—Morirán como valientes.

—Entonces..., ¿es cierto lo de Lester Sanderson?

—Nada de eso. Los agentes de la autoridad sabrán esperar a que mis hombres eliminen al «boss» para acribillarle después. Una doble jugada. Queda vacante el cargo de lugarteniente. Puedo elegir entre usted o los muchachos. ¿No le importaría aceptar? Son cien más semanales.

Irving, aplastando el cigarrillo en el cenicero de la mesa, sin que su pulso temblara, contestó:

—Desde luego. ¿Cuáles son mis obligaciones?

—Cumplir mis órdenes y no mezclarse con los de mi escolta personal. Sobre ellos carecerá de autoridad. Tome las llaves del coche y vaya con Dorothy a lo que le he indicado. Desde mañana debe hospedarse en el hotel del paseo de la Orilla del Lago.

—Así lo haré.

En el transcurso de la conversación, Cookman había apurado su copa de *champagne* y le dejaron llenándola de nuevo lentamente.

En silencio, Carroll y la muchacha llegaron al exterior, montando en el vehículo.

—Nos sobra tiempo. ¿No te despidas de tu primo?

—No. Después de recibida una orden de Wallace, es peligroso hablar con nadie. Si sus planes fracasaran, tal vez pensase en una delación. ¡Es inconcebible su miedo a los federales! ¡Si pudiera averiguar la causa! ...

Arrepentida tal vez de manifestar sus ideas en alta voz, Dorothy rectificó:

—En definitiva, no me importa. Con un año más a su lado, sumando mi sueldo de cantante al que me da por intervenir en pequeños asuntos, podré abandonar el país y trasladarme a Europa.

Carroll puso en marcha el vehículo antes de preguntar:

—¿No te agrada esta vida?

—No hablemos de mí.

—Es lo único que me interesa, Dorothy. No he conseguido olvidarte.

—No te creo. Aún me abrasa la cara lo de aquella noche. Me golpeaste con brutalidad.

—Estaba borracho. No supe lo que hice.

—Por tu culpa abandoné San Francisco. Después el tiempo fue borrando el rencor que anidaba en mi alma y te devolví bien por mal, recomendándote a Cookman. Mientras trabajes para él ningún policía se atreverá a detenerte.

Desde Kedzie avenue, lugar en el que estaba instalado «El As de Trébol», llegaron al parque Morrell. Irving detuvo el automóvil.

—Esperemos paseando a que llegue la hora.

Cerraron el automóvil, penetrando en el parque.

Los altos edificios que le circundaban impedían que la luz de la luna se proyectase en los árboles.

—¿Por qué te mezclaste en el muro del hampa, Dorothy? No voy a hacerte una ridícula escena sentimental, pero me duele verte perder la juventud entre seres como yo, sin más porvenir que la silla eléctrica o una bala en el corazón. Te hablo así, porque eres la única mujer a la que he querido.

—¡Irving!

—No me interrumpas. No es una declaración amorosa. Me lancé al gangsterismo porque me atrae la aventura y 'el lujo. Soy un canalla, un ser de instinto. Mi única virtud consiste en reconocerlo. Aunque quisiera, me es imposible volverme atrás. He matado a muchos hombres. Dispongo de cuatrocientos cincuenta dólares. Te

los doy. Únelos a los tuyos y márchate. En Nueva York pasarás inadvertida.

Dorothy, emocionada por la imprevista generosidad de Carroll, tardó unos minutos en responder.

—Gracias, Irving. Es posible que, más adelante, atienda tu consejo. Caí una vez y no supe levantarme. He rodado y aquí me tienes. Dame un cigarrillo. Lo necesito.

Fumaron sentados en un banco. Carroll fue el primero en incorporarse.

—Vayamos al coche. Se acerca la hora.

Rota la tensión emocional, en la que dos almas mostraron su angustia al desnudo, de nuevo en el «Fleetline», Irving se dirigió al otro extremo de la ciudad, llegando con diez minutos de antelación al boulevard Washington. A las dos menos segundos les hicieron señas desde la ventanilla de un «Nash» último modelo.

—Son ellos —dijo Carroll—. Simulemos seguirles. En el parque Unión retrocederemos.

Así lo hicieron, dejando camino de la muerte a Hugh y al lugarteniente de Wallace Cookman, el cual ordenó a su compañero:

—Penetra por la calleja de la izquierda. No iremos por Halsted Street, sino por las orillas del Michigan. Reduce la luz de los faros. Conviene que pasemos inadvertidos.

El *gángster*, que miraba por el espejo retrovisor, anunció:

—No viene nadie detrás de nosotros, Raymond.

—No te preocupes. Irving tomará precauciones para evitar sospechas. Es hombre que sabe lo que hace. Para. Cubriremos veinte metros a pie.

Los dos hombres se apearon, aproximándose a una verja erizada de alambres.

—No es muy alta —comenzó Ravenal.

Apoyando el pie en los adornos de forja, Hugh fue el primero en saltar al interior, seguido de Dixon. Durante unos minutos permanecieron inmóviles.

—¿No te extraña la ausencia de timbre de alarma o, al menos, de perros?

—No. Éste es un refugio secreto de Lester Sanderson. Ignoro cómo habrá podido averiguar Cookman el escondite. Caerá con facilidad. No lo dudes. El jefe es hombre que no ha fracasado nunca.

—¿Cómo entraremos?

—Por una de las ventanas del piso superior. Observa ese árbol. Por cualquiera de las ramas podremos asirnos al alféizar. Lo demás será sencillo. Un poco de argamasa, un corte en el cristal y girar la falleba. Manos a la obra.

Cinco minutos más tarde se hallaban en una habitación desamueblada. Ravenal, con su linterna sorda, alumbró una puerta.

—Prepara tu pistola. ¿Cómo averiguaremos cuál es el dormitorio?

—Muy sencillo. Golpearé con fuerza en la madera y tú te colocas de forma que Sanderson pueda verte. No te matará en el acto, pues supondrá rodeado el hotel. Le dispararé a traición. Si registramos una a una las habitaciones, nos exponemos a recibir un balazo. Lester duerme siempre con el revólver debajo de la almohada. Finge sorpresa y explícale que Wallace nada tiene que ver con esto, que quisiste dar un asalto para robar. No lo creerá, pero ganaremos tiempo. ¿De acuerdo?

—Sí.

Hugh Ravenal dio un portazo, saliendo al pasillo. Dixon empuñó su automática. Observaba el exterior a través de una estrecha rendija. Transcurrieron varios segundos. Abrióse una habitación del fondo para dar paso a un hombre de unos cuarenta años que empuñaba un revólver de grueso calibre. Avanzó unos metros, en tinieblas, hasta encender la luz del corredor. Ravenal, al reconocerle, alzó los brazos con fingido asombro.

—¡Sanderson!

—El mismo. ¿No me buscabas?

—No. Vine a desvalijar el hotel. Me informaron que lo habitaba una mujer. ¡No se lo digas a Cookman! ¡Me mataría!

El *gángster* adelantó unos metros, sonriendo con ferocidad. Debajo de la tela del pijama se adivinaban unos músculos poderosos.

—A otro con ese cuento. ¿Viniste a matarme por orden de tú «boss»?

—Te aseguro que he dicho la verdad.

—¿Por dónde has entrado?

Hugh no supo qué responder. Si lo decía, tal vez descubriera a su compañero.

—Forzando una ventana del piso bajo. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Ahora atarte. Te darán un largo paseo. Si es cierto que viniste a robar, a nadie podrás contarle mi escondite. Llamaré a mi lugarteniente que es el único que lo conoce. Si tus camaradas aguardan a que les abras la puerta principal o les indiques que pueden entrar, me lo vas a decir enseguida, en unos minutos. Voy a tatuarte el rostro. ¡Andando!

Una mujer rubia, de belleza incitante, ataviada con un largo salto de cama de seda cruda, salió al pasillo, preguntando:

—¿Qué pasa, Lester? ¡Un hombre! ¿Quiere matarte?

—Tal vez. No lo conseguí...

Se distrajo un segundo, que bastó a Raymond Dixon para abrir la puerta, disparando contra Sanderson a tres metros de distancia. El proyectil le perforó la cabeza, por encima de los ojos. La fanfarronada quedó cortada en flor.

—Tú rubia, si chillas sigues el camino de tu amigo. ¡Huyamos!

Por la ventana y el árbol alcanzaron el jardín. Apenas pusieron pie en tierra, una ráfaga de ametralladora, terminó con la carrera de crímenes de Hugh Ravenal y Raymond Dixon, que no tuvieron tiempo ni de averiguar quiénes eran sus matadores.

Al caer los *gangsters*, cuatro hombres de paisano surgieron de las sombras. Uno de ellos, inclinándose, comentó:

—Éstos son. Acabamos de exterminar dos reptiles.

—Buen golpe, inspector. Dispararon dentro. ¿Vamos?

—Ocúpese usted. Iré a informar a los federales de que los asesinos de su colega ya no viven.

Rodeó el hotel, en el que se introdujo media hora antes que los secuaces de Cookman, y abriendo la verja por el interior con una ganzúa, dejó a sus agentes ocupados en investigar qué sucedía en el edificio.

En Jefatura, el comisario le esperaba junto a dos hombres.

—¿Qué hay, Clemens?

—Un feliz éxito.

—¿Los apresó? —inquirió uno de los que acompañaban al comisario.

El inspector Allan Clemens, de la policía Metropolitana, sonrió con superioridad.

—Veo que no reside en Chicago. El único diálogo posible entre la Ley y el crimen es el de las ametralladoras.

El comisario intervino:

—Perdonen. No les presenté. El señor Allan Clemens. Los señores Louis Peatle y Neil Cookman, del F. B. I.

El de la Metropolitana no supo evitar una exclamación de asombro:

—¿Cookman? ¿Hermano de Wallace Cookman?

Neil, secamente, negó:

—No interesan ahora los parentescos.

El comisario se creyó en el deber de informar:

—El hombre al que alude el inspector lleva su apellido y es uno de los hombres más influyentes y peligrosos de la ciudad. Jamás se le ha podido probar que se dedique a asuntos ilícitos, pero se sospecha, con fundamento, que, al socaire de su fábrica de licores, dirige una organización criminal. Nadie lo diría al verle. Es un perfecto caballero, de suaves modales y refinados gustos.

—Me agradecería hacerle una visita. ¿Conoce usted sus señas?

—Lo encontrará en el *night-club* «El As de Trébol», en Kedzie avenue.

—Gracias. ¿Podemos acompañarle, señor Clemens?

¿Tiene la certeza de que son los que mataron al inspector Toombs? ¿Por orden de quién?

—De nadie. Habían asesinado a un hombre e iban perseguidos. Su compañero quiso perforarles los neumáticos y le dispararon. Eso es todo. Se han jactado de haberlo hecho ante mi confidente.

Neil Cookman, mirando con fijeza a su interlocutor, sugirió:

—Nos gustaría conocer a ese hombre.

—Imposible. Le he prometido absoluta y total reserva. ¿Vienen? Comenzaremos las investigaciones. ¿Manda algo, comisario?

—Le deseo mucha suerte. Preste toda su ayuda a los señores.

—Así lo haré.

Los dos federales y el inspector de la Metropolitana abandonaron Jefatura, subiendo a un coche oficial...

## CAPÍTULO III

—Quizá mis palabras le parezcan cerebrales, Dorothy, faltas de pasión, pero he llegado a un dominio tal de mi voluntad, que me controlo hasta los más fuertes impulsos. Temo que he llegado a quererla y me agradaría saber si comparte mis sentimientos.

La muchacha, atónita por la inesperada declaración amorosa, contempló a Wallace Cookman que permanecía en pie, con rostro inexpresivo. El monóculo endurecía su gesto.

—Es usted muy original —repuso irónicamente.

—No lo crea. Lo que acabo de decirle es lo que la humanidad viene repitiéndose desde hace siglos. No varía más que en la forma. Tuve un error por haberme dejado llevar por un impulso, de una corazonada, y me prometí rectificar de conducta. Todo lo examino cerebralmente.

—¿Y le gusto... cerebralmente?

—No me ha entendido, Dorothy. En mi corazón rugen volcanes de vehemencia precisamente porque, al no exteriorizarlos, me corroen el espíritu. Llevo muchos años comportándome con la frialdad de un inglés. Sepa que, aunque nacido en América, por mis venas corre sangre ardiente, tumultuosa. No le hablo con frivolidad ni para satisfacer el instinto por unos meses. En mis palabras hay hondura. ¿No le importa que le cuente algo de mi vida? Hasta que no la conocí, Dorothy he permanecido solo, como una fiera, dispuesto a dar un zarpazo para no recibirlo.

Wallace Cookman calló. De pie, con la frente apoyada en los cristales de la ventana del comedor, que comunicaba con el jardín, gozaba, tal vez, de la leve frialdad del vidrio. La mujer le miraba curiosa. ¿Qué iría a decirle? ¿Para hablarle de su pasado la invitó a cenar en el hotel del paseo de la Orilla del Lago?

Dorothy, respetando el silencio de su jefe, apuró la taza de café encendiendo un cigarrillo que extrajo de la caja de tabaco situada a su izquierda. Cookman, sin mirarla, comenzó:

—Ni mi infancia ni mi juventud merecen la pena recordarse. Sólo le diré que a los veinte años gozaba de una regular fortuna que me legaron mis padres. Con inexperiencia la dilapidé, a lo que me ayudaron varias mujeres que estimulaban mi poco juicio. Por aquella época contraí matrimonio, pero era demasiado joven para ser fiel y ella me obligó al divorcio, renunciando a que le pasara ni un centavo para su manutención. Las razones poco importan. Recibí un balazo en un hombro, fui procesado de escándalo y, por último, sin un dólar, pasé hambre en Nueva York. Todo lo debía a ser un estúpido y apasionado sentimental. Necesitaba rectificar y me impuse la obligación de no hacer nada sin madurarlo antes. Los primeros años fracasé en mi propósito, pero al fin me convertí en lo que soy. ¿Le aburre el relato?

—Es interesante —replicó Dorothy—. Prosiga.

—Con unas fáciles operaciones comerciales conseguí reunir unos miles de dólares y, trasladándome a Chicago, instalé tabernas en Cicero y en el Loop, distritos en los que el trato con canallas terminó de endurecerme. Luego... Un proceso lógico para un hombre superior. Jamás me irrito. Aunque me vea en apariencia exasperado, no es más que una comedia para hacerme respetar. El que se excita es siempre vencido. Ahora que me conoce un poco más, que puede calar en mi psicología sin temor a equivocarse, ¿acepta o no ser mi esposa?

Dorothy Riedling reflexionó. Con una sonrisa encantadora, repuso:

—No quiero dejarme llevar por el sentimentalismo. Concédame unos días para meditarlo.

—A su gusto. ¿Una copa de cognac?

—Sí.

La muchacha observó que temblaba el pulso de Cooman al servir el licor. Bebieron. El propuso:

—¿Damos un paseo en mi motora por el lago? Hasta las seis no se reúne el consejo administrativo de mi fábrica.

—Me agradecería.

El jardín del hotel comunicaba con una ensenada en el

Michigan, donde se balanceaban dos botes equipados con motores «Evinrude», fuera de borda. Las aguas del lago se movían suavemente a impulsos del aire. El sol, oculto a veces entre nubes altas, hermoseaba el paisaje...

\* \* \*

A las dos de la madrugada, un hombre de unos veintiocho años, vestido irrep rechablemente de etiqueta, penetró en «El As de Trébol» y, dirigiéndose a un camarero, dijo:

—Quisiera entrevistarme con el dueño.

—No sé si habrá venido. ¿Su nombre?

El visitante entregó una tarjeta en la que se leía:

**NEIL C. DERMONTT**

### **Del Federal Bureau of Investigation**

—Siéntese.

—Gracias. Prefiero permanecer en pie.

Desde donde se hallaba, Neil recorrió con la vista el local, sonriendo al ver varios palcos con las cortinillas echadas. De pronto, al mirar al escenario, se envaró. En él actuaba una mujer que, segundos después, recogía su cosecha de aplausos.

¡Ella! ¡La Providencia le enfrentaba de nuevo con Dorothy Fielding!

El pensamiento del joven voló a San Francisco, a un día en que...

—EL señor Cookman le espera. Sígame.

Atravesaron la sala de baile, penetraron por una puerta custodiada por un grupo de hombres, entre los que se hallaban Irving Carroll.

—Es la segunda habitación de la derecha —le indicó el camarero.

—Gracias.

Llamó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz sin modulaciones.

El joven entró en un reducido gabinete de trabajo, en cuyo

centro, erguido, se hallaba Cookman.

—Hola, Neil.

—Hola, Wallace.

Se miraron inmóviles.

—Siéntate, Neil.

El aludido obedeció sin perder de vista al dueño del *night-club*, que lo hizo frente a él, en su butacón del tresillo.

—¿Fumas?

El federal ofreció su pitillera a Wallace, que tomó un cigarrillo, encendiéndolo. Hubo un breve silencio, el necesario para aspirar la primera bocanada de humo.

—¿Qué te trae por aquí?

—El deseo de verte.

—Celebro que aún me recuerdes. Por un segundo me ha desorientado la C. de la tarjeta. ¿Has prescindido de nuestro apellido?

—Sí. Averigüé que tú lo estabas deshonrando.

No se movió ni un músculo de la cara de Wallace.

—No te entiendo, Neil. Debieron informarte mal.

—¿Lo crees así? Raymond Dixon y Hugh Ravenal, pistoleros fichados por la Metropolitana, eran hombres a tus órdenes. Sabrás que han muerto.

La feroz ironía del propietario de «El As de Trébol», por lo inesperada, irritó a Neil.

—Ellos no han venido a comunicármelo.

—Lo supuse. Por eso lo hago yo.

—¿Oficialmente?

Se retaron con la mirada.

—Todavía no.

Wallace, conciliador, dijo:

—Portémonos aunque no sea más que por unos minutos como dos hermanos. ¿Qué fue de tu vida?

—¿De veras te interesa?

—¡Claro! ¿Sospechaste lo contrario?

—Sólo una vez. Al dilapidar en francachelas lo que me pertenecía. Ingresé en la Academia del Federal Bureau of Investigation. Después tuve varios éxitos y fui ascendido a inspector.

—¿Te quedarás en Chicago?

—Soy el sustituto de Bertrand Toombs, muerto al intentar detener a Raymond Dixon y a Hugh Revenal. Dirigiré las investigaciones y actuaré personalmente cerca de algunos negocios dudosos. Mañana he de visitar el tuyo.

Wallace Cookman sonrió por vez primera.

—Tendré mucho gusto en recibirte. Todos los archivos se abrirán para ti.

—¿Todos? ¿Hasta los de la doble contabilidad?

El *gángster* se puso en pie con violencia.

—¡Neil!

—Ya era hora de que perdieses tu estúpida frialdad. No te va, Wallace. Al menos conmigo.

—Eso es cuenta mía.

—Tienes razón. ¿No invitas a tu hermano a una copa?

—Temía que me acusaras de intento de soborno.

—No te preocupes. Esta noche soy un familiar; después no encontrarás en mí más que al representante de la Ley.

—Lo supongo. ¿Bebemos aquí o en el salón?

—Prefiero hacerlo donde haya chicas. Vi cantar a una muy bonita. ¿Quién es?

—Dorothy Fielding. Pienso casarme con ella.

En la advertencia había un disimulado reto que Neil captó.

—No importa. ¿Vas a dogmatizar sobre fidelidad conyugal?

Nuevo silencio. Cookman, ante el abrumador recuerdo del pasado, inclinó la cabeza.

—¿Y Sarah? —inquirió.

—Bien. Vive con mamá, feliz por ignorar tu paradero. Cuando les escriba no les diré que te he encontrado.

—¿Residen donde siempre?

—No. Dispuse que se trasladaran de casa y de población para que no pudieras encontrarlas.

—¡Tengo derecho a saberlo!

Encogiéndose de hombros con indiferencia, Neil Cookman se incorporó, agregando:

—A nadie más que a ti te conviene no resucitar lo que murió.

—¿Te casaste con Sarah?

Relampaguearon de ira las pupilas del inspector federal. Por un

momento pareció que iba a golpear a su hermano. Se contuvo.

—No.

—Te habrás rechazado. Te gustó siempre e hiciste lo posible por quitármela.

Muy pálido, Neil replicó:

—Tan canalla eres que no concibes en nadie generosidad y sacrificio. Para mí, Sarah es como una hermana. Así la he tratado desde que la abandonaste. Al visitarme traía una frase hecha. «Lamento cruzarme en tu camino». En un futuro celebraré darte una lección que te humille.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero bajo la mirada burlona de Wallace. Observando a su hermano, Neil prosiguió:

—Admite mi consejo. Ignoro el volumen de tus delitos. Puesto que, nada puede probarse, márchate de los Estados Unidos y vive en paz con tu conciencia. Vas a casarte. Es la mejor oportunidad. Es posible que hayas engañado a la Metropolitana. No podrás burlarte de los federales.

—Veremos.

—No confíes en los lazos de sangre. No me impedirán que aplique el rigor de la Ley, que cumpla con mis juramentos y con mi deber de patriota.

Wallace, en hombre superior, sonrió.

—Bonito discurso, Neil. Prescindamos de temas desagradables. Los dos somos mayores de edad y hemos escogido nuestros caminos. Procuraré que no se encuentren nunca.

—Todos se cruzan.

—Espero, entonces, que nada nos hará enfrentarnos. ¿Vamos a tomar una copa?

—Cuando quieras —en la puerta se detuvo—. Una pregunta nada más. En la Academia, entre otras cosas, se nos exigió reconocimiento de malhechores, mediante el estudio de fichas. Luego, en el desempeño de mi profesión, se tiene oportunidad de ver «fotos» policiales. Dos de los hombres que custodiaban la puerta por la que he entrado son *gangsters* profesionales. ¿Están a tus órdenes?

—Sí. Cumplieron su deuda con la justicia y protegen mi negocio. Hay competidores que no vacilarían en llenarme el cuerpo de plomo. ¿Vas a pedirme que prescinda de sus servicios?

—No. Siempre hiciste lo que era contrario a la razón y a la lógica. Supongo que continuarás lo mismo. Ve tú el primero. No deseo que me confundan con un enemigo y me den el mismo trato que a Lester Sanderson.

—¿Insinúas que soy culpable?

—Nada de eso. El inspector Allan Clemens, de la Metropolitana, dice que esos dos hombres actuaban por cuenta propia. Yo no lo he creído.

—Créetelo. Te irá mejor.

Era una velada amenaza. En una reacción que sorprendió a Wallace, Neil esgrimió una «Germán Luger».

—Todavía puedo hacerlo más rápidamente. Muchos pistoleros se enfrentaron conmigo. Unos murieron en el acto; otros se tostaron en la «silla»; los menos cumplen condena que oscila entre los cinco y los veinte años. Parto un cabello a veinte metros de distancia.

—Celebro tu eficacia. Si metes demasiado las narices te harán falta esas habilidades.

—No lo dudo.

Anduvieron por el pasillo. Antes de abrir la puerta que comunicaba con el salón, Neil inquirió:

—¿Te parece oportuno que mantengamos en secreto nuestra condición de familiares?

—No. Me enorgullezco de llevar en mis venas la misma sangre que un federal. ¿Vas a investigar la vida de Morgan Stearns?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? ¿Para prevenirle?

—No. Simple curiosidad.

Atravesaron la sala, repleta de público, acercándose a la «barra». Wallace llevaba del brazo a su hermano, que no juzgó oportuno desasirse.

—Pónganos dos dobles del mejor *whisky* —ordenó al encargado.

—En seguida, señor Cookman. ¿Con soda?

—El mío solo. ¿Y el tuyo, Neil?

El camarero supo disimular la extrañeza que le producía el que Wallace tuteara a un hombre. El propio Cookman le dio la explicación.

—El señor es mi hermano. Se lo advierto para que no se le ocurra cobrarle si volviera solo.

—Lo tendré presente.

De espaldas al mostrador, Neil Cookman Dermontt vio cómo las parejas se alejaban de la pista para ocupar sus respectivas mesas. Las cortinas del escenario se descorrieron para mostrar un decorado singular. Al fondo, en un telón, numerosos rascacielos recortados en la noche. En primer término una calle de Nueva York. Muchachas, vestidas de golfillos, con poca y rasgada ropa, iniciaron unos pasos de baile. Después apareció Dorothy, ataviada de la misma forma, muy provocativa en su espléndida belleza. Danzaron con éxito, obteniendo nutridos aplausos.

—¿Qué te parece, Neil?

—Un auténtico *ballet*. ¿Cómo se te ocurrió la idea? En los *cabarets* se presentan figuras únicas y números de conjunto. Ninguno llegó tan lejos como tú. ¡Te felicito! Me agradaría hacerlo por todo.

—Depende de tu puritanismo. ¡Ah! No hemos hablado de intereses. Te debo ciento setenta y dos mil dólares. No olvidé la cifra. Es tu parte de la herencia de papá.

El rostro del federal se ensombreció.

—Quédatela.

—No es lícito. Te haré un cheque al portador y que lo cobre nuestra madre. De no engañarte con mi falsa proposición de negocio, tú no le hubieras pedido ese dinero. Es una pobre compensación. Dile que lo has recibido en un sobre con una tarjeta mía dirigida a ella. Quiero reivindicarme a sus ojos en lo posible. No seas injusto ni la prives de la alegría de suponerme arrepentido de lo anterior.

—De la forma que lo dices...

Aprovechando el momento de debilidad de su hermano, Wallace insistió:

—Voy a traértelo.

Separóse de Neil, encaminándose a su despacho. El federal, confuso, apuró el licor, pidiendo al camarero que le sirviera otro doble.

Reparó que Dorothy Fielding se sentaba junto a un hombre, que la recibió con una sonrisa.

—¿Quién es él? —inquirió al encargado.

—Primo suyo... Al menos, eso afirman. ¿Más *whisky*?

—No, gracias.

Depositó el vaso en el mostrador, dirigiendo su mirada a los grupos de *gangsters* que ocupaban los puntos estratégicos del local. «Un hato de indeseables», pensó.

Transcurrieron varios minutos y al fin Wallace se reunió con Neil.

—Llévaselo a mamá o mándaselo.

Le metió un sobre azul en el bolsillo exterior de la americana, cambiando inmediatamente de conversación. El federal, enojado consigo mismo sin saber definir completamente por qué, aprovechó la primera oportunidad para despedirse.

—¿Nos veremos mañana en mis oficinas? —inquirió Wallace.

—Sí. Quiero saber cuáles son tus ingresos. Adiós.

—¿No me das la mano?

—Sentiría que la tuya estuviera manchada de sangre.

Con paso rápido, alcanzó el *hall*. Desde su mesa, Dorothy, muy pálida, le siguió con la mirada.

—¿Le conoces? —inquirió Herbert Mac Nair, que la observaba.

—No. Me ha recordado a un viejo amigo de Washington. He de dejarte para interpretar el último número. No insistas en acompañarme a casa. Lo haré sola. Cookman es peligroso y puede sentir celos.

—No me asusta.

—Lo sé. Pero es necio que dos hombres se maten por lo que está en mi mano evitar.

Sin más explicaciones, con una forzada sonrisa, se apartó, subiendo la escalerilla que comunicaba con el escenario. Era el último número de atracciones. A partir de entonces, al público, ya excesivamente cargado de licores, sólo le interesaba reír y bailar.

Finalizada la pieza, Dorothy se retiró a su cuarto para cambiar su vestido por uno de calle. Terminaba de arreglarse cuando llamaron a la puerta.

—Pase. Hola, Irving. ¿Qué se te ofrece?

—El jefe me encarga que te escolte. Ninguna orden más grata para mí. Si te parece, iremos dando un paseo.

—A tu gusto. ¿Qué hace Wallace?

—Apenas se marchó el individuo que le acompañaba se ha encerrado en su despacho y no cesa de llamar a gente y de hablar por teléfono. ¿Quién será ese «tipo»? ¿Vamos ya?

—Sí.

Atravesaron el salón en el que ensordecía el rumor de conversaciones, mezclado con el estruendo del «jazz». Ya en Kedzie avenue, anduvieron unos metros. De pronto, un hombre se interpuso.

—¡Neil! —exclamó ella con sobresalto.

—El mismo. Veo que no me has olvidado. Necesito hablar a solas contigo.

—¿Para qué? —repuso Dorothy con desaliento—. Será mejor que todo continúe como hasta ahora.

—¡No! ¡Sube a mi coche!

Irving Carroll, que, sorprendido, había escuchado en silencio, creyó llegado el momento de intervenir. Lo hizo brutalmente, con las manos muy cerca de la funda sobaquera.

—¡Largo de aquí, «compadre»!

El *gángster* se interpuso entre Neil y Dorothy, sin atender las súplicas de la muchacha en el sentido de que no se mezclara en el diálogo. El federal, irritado por la intromisión de aquel individuo, le ordenó:

—¡Siga su camino!

—¿Y si no quisiera?

—¡Le apartaré por la violencia!

El puño cerrado de Neil se abatió sobre la mandíbula de Carroll, derribándole. Desde el suelo, el forajido quiso desenfundar su revólver, pero Cookman no se descuidaba y le encañonó una fracción de segundo antes.

—¡Yo de usted me estaría quieto! Póngase en pie y entre de nuevo en el *cabaret*, sin volver la cabeza.

La automática apuntaba al corazón de Irving y era mantenida con mano firme. El *gángster*, dominando su cólera, amenazó:

—Me las pagará.

—En otra ocasión. Haga lo que le he dicho o le agujerearé el pellejo.

Fue obedecido. Al perder a Carroll de vista, Neil se volvió a Dorothy, que había presenciado la escena con angustia.

—¡Vamos! ¡Tenemos que hablar!

Intimidada, la muchacha obedeció, acomodándose en el asiento inmediato al del conductor.

El vehículo corrió por diversas calles de la ciudad. Neil no cesaba de vigilar.

—No nos sigue nadie.

Detuvo el coche y, más sereno, casi amablemente, Se encaró con la joven:

—Bien, Dorothy. ¿Qué haces en ese *night-club*?

—Ya lo has visto. Ganarme la vida cantando para el público. ¿Conoces al dueño?

—Sí. Es mi hermano.

La afirmación sobresaltó a la muchacha.

—¡No es posible! Tú eres Neil Dermontt.

—Olvidaste una mayúscula seguida de un punto. La C. pertenece a Cookman y no a un segundo nombre. Mantuve en secreto contigo mi apellido paterno, porque estaba seguro de que Wallace lo deshonraría. Ahora él se ha preocupado de divulgar nuestro parentesco. ¿Qué ha sido de ti desde que te expulsaron de la Metropolitana? Aún no puedo explicarme cómo te dejaste sobornar.

—Yo tampoco —fue la evasiva respuesta.

Hubo una breve pausa rota por Neil.

—Escúchame, Dorothy. No quiero que labres tu ruina ni que ignores que mi hermano es un desalmado. Se divorció hace muchos años.

—Lo sé.

—¿Te casarás con él?

—¿No le he dado respuesta afirmativa? ¿Le dirás que fui agente femenina? Sería capaz de matarme. Ahora comprendo por qué eludió siempre enfrentarse a los federales.

—¡Márchate de Chicago, Dorothy!

—No. He ido demasiado lejos para retroceder. ¿Comunicarás al Departamento que me encontraste?

—Es mi deber. Usaré mi influencia para que te expulsen de la ciudad. Me das lástima. ¿Te llevo a tu domicilio en mi coche?

—No. Iré sola en un «taxi». Pensaré mejor.

Neil estrechó la mano de la muchacha, que montó en un vehículo de alquiler, desapareciendo por una de las calles transversales. Cookman suspiró. ¡Cuántas complicaciones en sólo unas horas!...

## CAPÍTULO IV

Desde que Wallace ordenó la muerte de Franc Price, Anthony Bliven y Lester Sanderson, el dueño de «El As de Trébol» había reforzado su escolta personal, temeroso de que los restantes miembros de la banda, muchos de ellos italianos afiliados a la «Mafia», desencadenaran contra él una mortal ofensiva.

El coche de Cookman iba escoltado siempre por dos automóviles y seis hombres dispuestos a una inmediata acción.

Aquella mañana el vehículo penetró, a través del ancho portalón, en el patio de la fábrica de licores, un enorme edificio situado en Cicero. Antes de apearse, Wallace miró en torno suyo para convencerse de que no había peligro.

Un ascensor le condujo al primer piso, donde estaban instaladas las oficinas y su despacho de presidenta del Consejo de Administración. Apenas se hubo sentado, una secretaria entró portando dos tarjetas.

—Estos señores desean verle.

Una era de su hermano; la otra pertenecía a Louis Peatle.

—Que entren. Quédese. He de darle instrucciones con respecto a la visita que voy a recibir.

La secretaria, una mujer de aspecto inteligente, salió para regresar acompañada de Neil y de un caballero. Cookman estrechó la mano de los que llegaban.

—Hola, Neil. Mucho gusto en conocerle, señor Peatle.

—El gusto es mío.

—Siéntate. Supongo que vendrás a lo que me dijiste anoche. Lo tengo todo preparado. Señorita, de las máximas facilidades a estos señores y atienda sus peticiones. No la necesitaré. He de redactar un importante proyecto.

—Sí, señor.

Wallace Cookman se levantó.

—Nada tengo que añadir. ¿Necesitan hacerme alguna pregunta? Hoy será una jornada agotadora. Los libros de actas, las liquidaciones de beneficios y el resto de los documentos se los facilitará mi secretaria, a la que me resta hacer una advertencia: «El señor Neil es mi hermano. Trátele como a tal. Nada más». Mis ingresos proceden de negocios lícitos.

Tendió su diestra a Neil y a su camarada, que salieron precedidos de la mujer.

Una vez Cookman solo, marcó un número telefónico, poniendo en comunicación con el hotel del paseo del la Costa del Lago. Pidió:

—Avisé a Carroll. Sí...

Largo silencio.

—Buenos días, Irving... ¿Recibió mi carta de anoche?... Bien. ¿La ha estudiado? ¿Iba a salir?... Celebro su diligencia... Suerte... Comuníqueme lo que resulte...

Colgó, abstrayéndose en la lectura de la numerosa correspondencia. La fábrica de licores era un negocio que encubría otros muchos, en especial el contrabando de alcoholes y de drogas. Las declaraciones de utilidades eran falseadas, y de ello se encargaba un experto. Ni Neil ni Louis Peatle lo descubrirían. Pensó en Carroll. Era el suyo un peligroso cometido. Si le atacaban, oiría las detonaciones, pues el *cabaret* de que fue propietario Lester Sanderson se hallaba situado en las proximidades de la fábrica. Asomado a la ventana podría ver pasar su «Fleetline», cuatro puertas.

En realidad, nada le preocupaba. Después de la inspección de los federales intensificaría la falsificación de etiquetas de marcas extranjeras para colocarlas en sus propios licores y elevar el precio de venta.

Encendió un grueso habano, acodándose en el alféizar del ventanal, cara al exterior, permaneciendo largo rato en tal postura.

—Ahí va Irving —dijo en alta voz—. Es un hombre resuelto. Otro hubiera vacilado.

Vio a Carroll apearse y con paso rápido.

Con paso rápido, el lugarteniente de Cookman cruzó la acera, penetrando en un establecimiento de bebidas, tan amplio como «El

As de Trébol», pero menos lujoso. Varias mujeres se ocupaban de la limpieza, y un individuo, al fondo, fumaba una gruesa cachimba. Al ver a Irving, a quien conocía como miembro del «gang» que había eliminado a su jefe, el estupor pudo más que el odio. Se le acercó con la mano derecha muy cerca de la solapa de la americana. Carroll no hizo el menor gesto agresivo.

—¿Qué buscas aquí?

—Necesito hablar con el que haya heredado la jefatura de Sanderson. Vengo en son de paz, y para evitar que se derrame más sangre. ¿Quién es el nuevo «boss»?

—Giovanni Melotti. Es posible que te reciba a balazos.

—Correré el riesgo. Dile que salga.

El *gángster* entró en la trastienda para volver a los pocos minutos acompañado de tres hombres. Uno de ellos, en el que Irving reconoció a Melotti, era muy joven, alto y delgado, de ademanes nerviosos. Se detuvo junto al mostrador, ordenando a Carroll:

—Aproxímate. No quiero situarme en la línea de tiro de la puerta. ¿Qué proposición es la de Cookman?

—Una ventajosa para vosotros. Os compra este *cabaret* y las dos tabernas en doscientos mil dólares.

El italiano, sentándose en el pico de una de las mesas, comentó:

—Ni Sanderson, ni Price, ni Bliven hubieran vendido. Por eso les «liquidó». Ahora pretende que yo, acobardado, me vaya de Cicero con los muchachos y le deje el campo libre. No lo conseguirá.

Sin perder la serenidad, pese a que los tres *gangsters* que acompañaban a Melotti se iban abriendo en abanico, Irving replicó:

—Te equivocas, Giovanni. A Anthony Bliven le «puso en el blanco» el propio Lester.

—¡Mientes!

—Es cierto. He venido a veros sin escolta, sabiendo lo que me jugaba. Es posible que no escape con vida. Digo la verdad. Diste palabra a Wallace de respetar mi condición de mensajero.

—Palabras..., palabras..., —repitió burlón el italiano—. La mejor respuesta a Cookman será tu cadáver. ¡Alza los brazos!

Los cinco hombres se miraron sin desenfundar las pistolas. Eran cuatro contra uno. Carroll no se arredró. Dio un paso atrás sin perder de vista a sus enemigos. Llevaron simultáneamente las manos a las fundas sobaqueras. Con extraordinaria rapidez,

dejándose caer al suelo, Irving esgrimió dos revólveres, disparándolos con mortal eficacia. Dos agresores cayeron con el rostro destrozado por los gruesos proyectiles. El que recibió a Carroll y Giovanni Melotti quedaros suspensos ante aquel alarde de puntería y velocidad en «sacar».

—Tú ganas —dijo el italiano—. Ya nos veremos en otra ocasión.

—Cuando quieras. Agradéceme que no te acribille. Quiero que en un futuro recuerdes mi generosidad.

Retrocedió despacio hasta alcanzar la puerta. Allí enfundó, montando en el coche, que tenía el motor en marcha.

—¡Arranca —ordenó al chófer—, o nos coserán a balazos!

El aludido no se hizo repetir la indicación, y segundos después, el vehículo se confundía con el gran tráfico de la ciudad. Al sentir sirenas, Irving volvió la cabeza.

—No nos siguen —informó al conductor en alta voz—. El «patrullero» se ha detenido en el *cabaret*. Llévame a las oficinas de Cookman.

—Bien. ¿Qué ocurrió?

—Quisieron tumbarme y mandé al diablo a dos «tipos». Da un largo rodeo. La Metropolitana es admirable. Llega siempre tarde a todos los sitios.

Rezumaban ironía las frases de Irving, que media hora más tarde se hizo anunciar a Cookman, siendo recibido sin mucha amabilidad.

—Se me olvidó advertirle, Carroll, que no me agradan las visitas en la fábrica.

—Ya lo sé para otra vez. No me pareció prudente comunicarle por teléfono las novedades.

Hizo un breve relato de lo acaecido, terminando:

—La lucha será a muerte. No habrá cuartel. ¿Hay nuevas órdenes?

—Ninguna. A las doce le espero en el *cabaret*. Quizá demos un último escarmiento a ese italiano. Tome cien dólares. Se los ha ganado.

—Gracias, señor Cookman.

\* \* \*

Louis Peatle, a la una y media de la mañana, cerrando el libro de

actas, se volvió a su camarada.

—Estamos perdiendo el tiempo, Neil. Aguardaban la visita y tuvieron tiempo de disponerlo todo.

El inspector Cookman Dermontt miró a su subordinado con severidad.

—¿Qué es lo que pretendes insinuar?

—Sin duda no me expresé bien. Nuestra eficacia reside en la sorpresa.

—Hice mal en confiarle mis propósitos. He cometido una falta y la pondré en conocimiento de mis superiores.

Louis Peatle, que experimentaba verdadero afecto por su jefe, se apresuró a oponerse: —únicamente lo sabemos nosotros. Es fácil una indiscreción con un familiar. Olvidémoslo.

—Vámonos.

—¿No nos despedimos de tu hermano?

—No. Entre él y yo no existe más lazo que el inevitable de la sangre.

Habló en alta voz para que le escuchara la secretaria de Wallace, a la que agradecieron la ayuda prestada.

La mujer, luego de acompañarles a la puerta de las oficinas, pasó a comunicar que la inspección había terminado.

—¿Cómo no les indicó que vinieran a verme?

—No me atreví. Su hermano dijo...

—¿Qué? No le importe que sea desagradable.

La secretaria repitió las palabras pronunciadas por Neil. Cookman, con una sonrisa indulgente, repuso:

—Siempre ha sido un rebelde. He de tener con él mucha tolerancia. Puede retirarse. Mañana contestaremos el correo.

Salió la aludida y Wallace descolgó el auricular, poniéndose en comunicación con Morgan Stearns, dueño de otra fábrica de alcoholes y uno de sus más enconados competidores.

—Aquí, Cookman. Quiero hacerle un favor.

Desde el otro lado del hilo llegó una voz áspera:

—Sería la primera vez. Diga.

—Acaban de marcharse de mis oficinas dos federales que se proponen hacerle una inmediata visita. No jure y escúcheme hasta el final. Uno de ellos es mi hermano.

—¿Pretende burlarse de mí, Wallace?

—Podrá comprobarlo si lo desea. Se llama Neil, y no tiene sino decirle: «Ya me previno Cookman. Le tengo preparados cinco mil dólares». Si le da miedo, lo del dinero, cáleselo hasta cerciorarse de si es o no familiar mío.

—Me sorprende tal amabilidad en usted.

—Estoy harto de rivalidades. Es libre de seguir o no mi consejo. De todas formas, prepárese a una dura inspección. Mi hermano es el jefe de los federales en Chicago y se propone complicarnos la vida. Si nos descubre ingresos superiores a los que declaramos tendrá un arma para investigar cuáles son nuestros verdaderos negocios. ¿No me da las gracias?

—Es prematuro. Si se confirma lo que dice le invitaré a comer, felicitándome del cese de nuestra enemistad. Adiós.

Sonó un «click» lejano. Cookman depositó el auricular en la horquilla sonriendo satisfecho. Estaban tejidos los hilos de la red en la que iba a enredarse...

\* \* \*

Neil, con gesto duro, se dirigió a la mesa ocupada por Wallace y Dorothy en uno de los laterales de la pista.

—¿Estorbo? —inquirió.

—Todo lo contrario, querido hermano. Siéntate.

—Gracias. Observo que te ha entrado muy fuerte la pasión familiar.

—Es lógico. ¡Me encontraba tan solo! No te presento a Dorothy porque sé que os conocéis de antiguo. Irving Carroll me contó el incidente de anoche. Eres demasiado audaz.

—¿Yo o tú?

La doble intención de la frase no pasó inadvertida para la muchacha, que intervino:

—Le expliqué a Wallace que nos conocimos en un *cabaret* cuando actuaba en San Francisco. Algo olvidado.

—No por él —terció Cookman—. Puso anoche demasiado calor en su disputa con Carroll. ¿Se repetirá la historia?

La alusión fue entendida por Neil. Estuvo enamorado de Sarah, pero su hermano se casó con ella. Ahora era distinto. No sentía por Dorothy sino compasión; primero, por haber sido expulsada de la

Metropolitana; después, por haber caído tan bajo.

—No te preocupes.

Wallace sirvió una copa de champaña que Neilapuró de un sorbo. Al desviar la vista vio, fijos en él, los ojos de Irving Carroll. Más allá, sólo en una mesa, Herbert Mac Nair, el primo de Dorothy.

La orquesta interpretaba un alocado «boogie-woogie». El inspector invitó a la muchacha:

—¿Bailamos?

Ella asintió con un gesto, y segundos más tarde los jóvenes se mezclaban con las numerosas parejas de la pista. Quizá ello fue su salvación, pues en breves segundos «El As de Trébol» se convirtió en un infierno. Un grupo de hombres enmascarados irrumpió en el *cabaret* portando metralletas.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó uno con acento italiano.

Fue comprendido más por el gesto que por la voz, dado que la orquesta, a una señal de Cookman, continuaba tocando como si nada sucediera. Irving, que se había acercado a su jefe sin ser visto, protegiéndose en los inmóviles danzarines, informó:

—Es Melotti. No he oído hablar más que una vez a ese cerdo y le reconoceré toda la vida.

—Sí. ¡Démosle gusto al gatillo!

Wallace, con tranquilidad, desenfundó su automática y Carroll le imitó, disparando con mortífero acierto. Fue el principio de una sangrienta batalla. Los agresores concentraron su fuego en los rincones en los que se hallaban los *gangsters* de Cookman, mientras muchas mujeres se desmayaban y otras eran obligadas por sus parejas a tenderse en el suelo para ofrecer menos blanco a los proyectiles. Unos pocos quisieron huir, no consiguiendo más que interponerse en el camino de un pedazo de plomo.

Los músicos abandonaron el tablado, penetrando en las habitaciones interiores. El tableteo de las metralletas formaba un estremecedor concierto. Neil, detrás de una columna, junto a Dorothy, disparaba una y otra vez su automática.

—Desde la muerte de Dillinger tales cosas no sucedían en los Estados Unidos.

Apuntó cuidadosamente a uno de los *gangsters* que, más audaz, se hallaba a diez metros de él, haciendo fuego. El individuo se desplomó sin un gemido, con el pecho atravesado por un proyectil.

El inspector giró la mirada en torno suyo. Los hombres, a las órdenes de su hermano defendíanse bravamente. Dos estaban en el suelo, empapados en su propia sangre. Los demás, incluyendo a Wallace, sembraban la muerte.

Giovanni Melotti, convenciéndose de que de permanecer allí no tardaría en ser apresado por la Metropolitana, ordenó replegarse a sus hombres, y segundos más tarde los agresores supervivientes montaban en tres vehículos, desapareciendo.

Cookman fue el primero en incorporarse. El monóculo no se había caído de su ojo derecho. Ordenó, con su característica flema:

—Irving, vaya a enterarse qué les ha ocurrido a los muchachos que guardaban el *hall*.

Mientras el aludido cumplimentaba sus instrucciones, se aproximó a Neil y a Dorothy, que, con el público, poníanse en pie.

—Me han destrozado el local, matándome a varios empleados. ¿Qué hay, Carroll?

—Les apuñalaron a traición.

—Dos víctimas más.

Alzó la voz:

—Señores: soy el primero en lamentar que hayamos sido objeto de un intento de atraco colectivo, que por fortuna, pudimos rechazar con el auxilio de mi hermano, el cual, en su calidad de inspector federal, dará fe de que la provocación no partió de nosotros.

Les ruego desalojen el *cabaret* en respeto a los muertos. Ahí llega la policía.

El inspector Allan Clemens requirió el testimonio de Neil Cookman.

—¿Supone que se trataba de un intento de robo?

—No —respondió con firmeza el joven—. Es una «*vendetta*» entre *gangsters*.

Después, taladrando a su hermano con su colérica mirada, le previno:

—No te acuerdes más de que existo. ¿Me has oído?

—¿Por qué? —inquirió Wallace con frialdad.

—Veo que intentas complicarme en tu vida mermando mi prestigio a los ojos de mis compañeros. No esperes de mí más que la aplicación inflexible de la Ley.

Sin aguardar contestación dio media vuelta, abandonando el local...

## CAPÍTULO V

La anciana apartó los ojos de la revista que leía para posarlos en Neil, que, en actitud abstraída, daba vueltas entre sus dedos al grueso habano que encendiera después del desayuno.

—¿Qué te sucede, hijo? Te noto preocupado.

Una mujer de unos treinta años, de serena belleza, asintió:

—Es cierto. También lo observé yo.

—¡Bah! Imaginaciones vuestras o exceso de cariño. Nada me ocurre. Pensaba en...

Calló, como si no se atreviera a seguir.

—¿En quién? —le apremió la madre.

—En Wallace.

Sarah Thurber se movió inquieta, desasosegada. Neil, reparando en ello, mintió.

—Ignoro su paradero. Sin embargo...

—¿Qué? —inquirió la anciana con ansiedad.

Ayer recibí en la delegación una tarjeta suya y un cheque, que cobré esta mañana, por valor de ciento setenta y dos mil dólares, cantidad exacta a la que me pertenecía de la herencia de papá. He ingresado ese dinero en tu cuenta corriente del «First National Bank», madre.

Gertrude Dermontt, abatida por los años y los sufrimientos, inclinó la cabeza para que Neil no viera las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos. El, acercándose, le acarició el cabello con ternura.

—Cálmate. ¿Por qué lloras?

—De felicidad. ¿Se habrá regenerado? ¿Qué sabes de él?

—Nada. Te lo aseguro.

Hubo un breve silencio. En la confortable habitación, con un

piano vertical al fondo, un cómodo tresillo, media docena de sillas, una mesa de centro, un mueble bar-librería y un gran ventanal, desde el que se divisaba el jardín, había un cuarto personaje: un mozalbete de doce años.

—¿Se refiere a tío Wallace, mamá? —inquirió.

—Sí, hijo. Ve a estudiar. Ahora me reuniré contigo.

El niño, obediente, abandonó la estancia. Neil, procurando suavizar sus palabras, dijo:

—Sigo estimando que habéis cometido un grave error ocultándole a Alfred la identidad de su padre.

—Es aún demasiado pequeño.

—No. El golpe será más brusco cuando se lo digáis que si lo hubierais hecho poco a poco, aprovechando los años en que nada duele, y a todo se acostumbra la inteligencia y el corazón. De hombre querrá conocer a Wallace.

—¡El nada tiene que ver con Alfred! —exclamó Sarah con viveza.

—Jurídicamente, no, pues lo reconocí yo; pero en lo moral... Por fortuna, te abandonó siete meses antes de que naciera el pequeño. De saber que tuvo un hijo lo habría reclamado. Alfred vino al mundo tres meses antes de que dejaras de ser la señora de Wallace Cookman. Si quisiera nos buscaría un serio conflicto por ocultarle un hijo legítimo antes de que la Ley decretara la separación. En fin, es vano lamentarse. Wallace no sabe nuestro domicilio. Yo me ocuparé de que no lo conozca.

—¿Aunque se haya arrepentido, rectificando de conducta? —preguntó, temblorosa, la anciana Gertrude Dermontt—. El envío del cheque significa mucho. ¿No te parece, Sarah?

—Quizá —replicó, evasiva, la interpelada.

—No lo dices con mucho entusiasmo.

—Tal vez porque no me ciega la pasión, y como esposa sufrí a su lado más de lo que nadie es capaz de imaginar. ¿Vamos al jardín?

—Es una buena idea —aprobó Neil—. Acompáñanos, mamá. El médico te recomendó aire y tranquilidad.

Salieron al amplio parque de la finca, situada entre Chicago y Jaliel, a veinte millas de la ciudad del lago Michigan, alquilada por Neil Cookman Dermontt por el tiempo que durase su nuevo destino. Acomodáronse los tres en sillones de mimbre, al amparo de unos

árboles que les brindaban protectora sombra. Eran las diez de una soleada mañana. Sarah, por variar la conversación, que evocaba en ella desagradables recuerdos, preguntó a Neil:

—¿Cómo van tus cosas? ¿Tienes buenos compañeros?

—Mis camaradas son hombres de honor. Chicago no es como Washington o Nueva York. El trabajo es más duro. La población conserva aún reminiscencias del viejo gangsterismo, difíciles de limar. Parece que el espíritu de John Torrio, Al Capone, Colosino, O'Banion,

Los Genna y tantos otros forajidos tristemente célebres preside en las sombras. Es penosa la tarea.

—Sé prudente, hijo —aconsejó Gertrude.

—Lo procuraré. Voy a preparar el coche. He de hacer una visita a un tal Morgan, dueño de una fábrica de alcoholes.

—¿Solo?

—Con mi ayudante, Louis Peatle. Es posible que tarde dos o tres días en regresar. Preparadme un maletín con ropa interior.

La anciana fue a incorporarse, pero Sarah se lo impidió:

—Continúe sentada. Lo haré yo en unos minutos. ¿Te quedas, Neil?

—No. Te ayudaré.

Los dos jóvenes entraron en el hotel, dirigiéndose a una habitación, de cuyo armario Sarah extrajo camisas, calcetines, pañuelos... De pronto, se volvió a Neil.

—¿De veras no has visto a Wallace? Siempre creí que de nuevo se interpondría en el camino de mi vida para producirme mayores males.

El inspector, impulsado por una fuerza extraña, replicó con viveza:

—¡No se lo permitiré!

—¿Has hablado con él?

—Sí.

La afirmación no sorprendió a Sarah.

—Lo imaginaba. ¿Cómo pudiste arrancarle ese dinero?

—Me lo entregó él, aduciendo que alegraría a mamá. No supe negarme. Tengo un triste presentimiento.

—¿A qué se dedica?

—Me temo que a lo peor. Regenta un *cabaret* y le rodea una

partida de asesinos.

—¡Dios mío!

Sarah Thurber se cubrió el rostro con ambas manos, conteniendo un sollozo. ¿Qué pasó por el alma de Neil? Inquirió, ronco:

—¿Le amas, todavía?

—No. ¡Temo que me arrebate a mi hijo, que averigüe su existencia!

—¡No lo conseguirá! Te lo prometo, Sarah.

Cogió entre sus manos las delicadas de la mujer, mirándola con indefinible expresión de angustia. Por un momento pareció que iba a decir algo. Se contuvo.

—Ponme tres camisas. Ya sabes que acostumbro mudarme a diario.

Ella, esforzándose en disimular su congoja, así lo hizo.

—¿Qué se nos olvida, Neil?

—«Nada. En el peor caso, visitaría cualquier bazar». Sarah...

—¿Qué? No te detengas. Desde hace tiempo te noto irresoluto, con ganas de confiarme un secreto. ¿Cuál es?

Neil hizo una breve pausa.

—Si me ocurriera un accidente, ¿me echarías de menos?

—¿Qué cosas se te ocurren! ¿Has podido dudarlo?

—¿Me recordarías como a un hermano nada más, Sarah? —Ella, enrojeciendo, no contestó—. La delicadeza, el convivir bajo el mismo techo, me ha impedido decirte lo que llena mi corazón. Ha llegado el momento de enfrentarnos con la realidad. Te quiero, y no filialmente, sino como un hombre. ¡Me he tenido que contener tantas veces para no estrecharte entre mis brazos!

—¡Neil!

—Hubiera esperado a que se resolviera la situación de Wallace. Ya no hay tiempo. ¿Me quieres?

—¡Con toda mi alma!

—Entonces, casémonos, que mi hermano comprenda que nada puede esperar de ti ni de su hijo. No podrá arrebatarnos a Alfred.

Sarah Thurber inclinó la cabeza con pesar.

—Posiblemente tengas razón. Sin embargo, debemos dejar que transcurra el tiempo. Preveo que el Destino va a convertirte en enemigo de Wallace. No hay que provocar su odio. Que nada ajeno a la lucha entre la Ley y el crimen justifique vuestra animosidad.

Cuando todo acabe, tú y yo comenzaremos una nueva vida.

—Reflexiona, Sarah. Es tu seguridad, tu paz...

—Es tu vida también, Neil. Que no vea en ti un rival.

El joven, aún admirando el sacrificio que Sarah se imponía, quiso agotar todos los recursos.

—No me quieres como yo a ti.

—Sí; con mayor intensidad. Eres lo contrario de Wallace. Cualquier mujer te amaría.

Tan cerca estaban, que Neil la atrajo hacia sí, besándola apasionado.

—Eres muy buena, Sarah. Nada nos separará...

—Cuídate y guarda el secreto con tu madre. Aunque comprende los defectos de Wallace, le dolerá que tú ocupes su lugar.

—Comprendo. Así lo haré. ¿Reconoces esto?

Neil mostró a la mujer un dije de oro que, al abrirse, dejó ver una fotografía.

—Sí. ¿Cómo lo tienes?

—No lo perdiste. Es mi único hurto. Quería llevarte siempre conmigo.

Se besaron otra vez. El, separándose, anunció:

—Me voy ya.

Tomó el maletín, saliendo de la habitación, para, luego de despedirse de su madre, montar en un «Cadillac» que había de conducirlo a Chicago. Durante el largo recorrido no consiguió separar de su imaginación la figura adorable de Sarah.

¿Era posible que conquistara una felicidad que soñó tantos años?

## CAPÍTULO VI

Antes de poner en marcha el motor del coche oficial, Louis Peatle preguntó a su camarada y jefe:

—¿Leíste «La Tribuna»?

—No. ¿Trae algo interesante?

—Reproduce tu nombre en grandes titulares. El inspector de la Metropolitana, Allan Clemens, me parece un individuo peligroso. Lee sus declaraciones.

Louis tendió a Neil un ejemplar del mencionado periódico. El joven no pudo contener una exclamación de ira. En primera plana venía inserto el retrato de Wallace y una información en la que se le mencionaba repetidas veces.

«Neil Cookman, inspector jefe, en Chicago, de la Oficina Federal de Investigación defendió valerosamente el local en compañía de su hermano, propietario del mismo. Hizo después declaraciones a Allan Clemens, de la Metropolitana, atestiguando la inocencia del dueño de “El As de Trébol”. Se ignoran los nombres de los atacantes. Los hechos sucedieron del siguiente modo...».

A continuación se relataba el asalto, destacando el heroísmo de Neil Cookman.

Sabiéndose observado por Peatle, el inspector le devolvió el periódico.

—Es cierto.

—Entorpecerá tu carrera, Neil. Perdóname que te hable así, pero te estimo y creo que tu prestigio puede ser minado con incidentes como el que describe «La Tribuna».

—Me hago cargo.

No hablaron más hasta no llegar a 48 Street, en las proximidades del mercado de ganados, penetrando en un amplio

caserón de sucio aspecto. Un ordenanza, con aspecto de gángster, le abordó al principio de la escalera.

—¿Qué desean?

—Ver al dueño.

—Suban al segundo piso. Otro compañero le conducirá a su despacho. Si quieren utilizar el montacargas...

—No. Iremos a pie.

Subieron en silencio. Louis Peatle, observando la seriedad de su camarada, se disculpó:

—Perdona. A veces no sé medir bien mis palabras.

Neil le miró con simpatía.

—Eres un gran amigo. Me disgusté porque reconozco que tienes razón. Desde que hablé con Wallace no dejan de sucederme anormalidades, sin importancia al parecer, más muy desagradables. Fíjate en los hombres que nos miran. Parecen forajidos. Es posible que estemos en el cuartel general de un gang en lugar de una industria. Ya llegamos.

Un individuo se les aproximó.

—Buenos días. Quisiera ver al señor Stearns. Pásele mi tarjeta.

El aludido, en traje de paisano, leyó el nombre inserto en la cartulina, silbando de sorpresa.

—No creo que Morgan quiera recibirles.

—¡No tendrá más remedio! —replicó Neil.

El hombre transpuso una puerta, desapareciendo de la vista de los federales, que se miraron inquietos.

—¡Abre los ojos, Louis! —advirtió, el inspector—. No me extrañaría que nos obsequiasen con una ráfaga de ametralladora.

Fue al contrario. Morgan Stearns salió a darles la bienvenida, con exageradas demostraciones de afecto.

—Pasen, señores. Llegan en un buen momento. Mi negocio prospera y, por si fuera poco, he hecho las paces con Wallace Cookman, mi más encarnizado enemigo. ¿Cuál de ustedes es su hermano?

Neil palideció.

—Yo. Olvídese de ello. Nuestro propósito es hacer una inspección.

Habían penetrado en una amplia habitación con una gran mesa al fondo. A la izquierda, otras más reducidas.

—Ahí tienen lo que necesitan. Me advirtió Wallace la visita.

El inspector se mordió los labios hasta hacerlos sangrar, mientras Peatle fruncía el ceño.

Hubo una larga pausa. Neil, sin esperar a que le invitasen, se sentó en uno de los butacones, recorriendo la estancia con la mirada. Una librería, varios archivos metálicos y media docena de sillas completaban el mobiliario. Más sosegado, inquirió:

—¿Es cierto que le avisó Wallace?

—Sí. Por eso me complace no hacerles perder el tiempo, poniendo al alcance de su mano los datos contables que precisan. ¿Un cigarro?

Ofreció una caja de habanos. Neil, en un gesto, maquinal, tomó uno, mordiendo la punta. Louis no quiso fumar.

Sacó su pitillera, encendiendo un cigarrillo. Insinuó a su jefe:

—Si el señor Stearns nos esperaba, considero inútil la revisión.

—Es cierto —reconoció Neil—. Volveremos en otro momento.

Morgan Stearns sonrió complacido. No le había engañado Wallace con respecto al poco rigorismo de Neil y su compañero. Sacó un sobre.

—Tengan. Es para ustedes.

El inspector contuvo en flor un gesto airado de Louis.

—¿Qué contiene?

—No lo sé. Lo trajo un mozalbete a las oficinas esta mañana. Vean que lleva escrito: «Para el hermano del señor Cookman».

—Indudablemente soy yo.

Con serenidad, que terminó de confiar a Morgan, fue sacando billetes hasta completar la cifra de cinco mil dólares.

—No es mala cantidad, ¿verdad, Peatle? Pongamos las cartas sobre la mesa. Usted quiere garantizarse la impunidad más absoluta, ¿no es así?

Su gesto amable perdió a Stearns.

—En efecto.

—Es poco dinero. Tendrá que darnos más. No arriesgaremos nuestra carrera por sólo dos mil quinientos dólares.

Morgan, satisfecho del sesgo que tomaba la conversación, golpeó en el hombro a Neil.

—De eso no tendrá queja. Todos los meses le enviaré la misma cantidad. ¿Hace?

—Sí... ¿No le importará acompañarnos, señor Stearns? Queremos que diga lo mismo delante del juez. Un claro intento de soborno, Peatle. ¿No te parece?

—Desde luego. Me he tenido que contener para no machacarle la cara. ¡Suponer que nos vendemos por un puñado de dólares! Salga con nosotros charlando amistosamente. Le llevaré encañonado desde el bolsillo interior de la americana. Si alguno de sus forajidos intenta agredirnos, usted caerá muerto.

—¡No pueden detenerme! —Opuso Morgan, retrocediendo un paso.

—¡Vaya que sí! —afirmó, no sin ironía, Neil Cookman—. La Ley ha reforzado las atribuciones del Federal Bureau of Investigation, autorizando a sus miembros a detener sin orden judicial.

El fabricante de alcoholes no hizo ademán alguno de resistencia, cuando Louis Peatle se acercó a él encañonándole por la espalda a través de la tela. Masculló:

—Ésta es una maniobra del perro de Cookman. ¡Me las pagará! A usted, que colabora con él, le va a costarle la carrera.

Neil hubo de contenerse para no abalanzarse contra el que dudaba de su honorabilidad.

—¡Andando! —ordenó—. No le faltará tiempo de acusarme de lo que desee.

Los federales no ignoraban que no les sería fácil salir de la fábrica a no ser que Stearns lo deseara. Alcanzaron el pasillo. Algunos gangsters, al verle, comprendieron lo que sucedía, disponiéndose al ataque. Morgan se lo impidió:

—No hagáis nada, muchachos. Llamad a mi abogado y decirle lo que pasa.

Sus palabras ocultaban su miedo a morir. El «boss» notaba el duro contacto del cañón del arma de Peatle.

Sin obstáculos subieron al coche oficial. Louis se situó en el asiento de conductor y Neil en el diván trasero. No hubieron recorrido unos cientos de metros cuando Peatle dijo:

—¡Cuidado! ¡Un coche nos sigue!

—No se asusten —repuso Morgan—. Mis muchachos quieren saber a dónde me llevan. Eso es todo. Les respondo que no nos atacarán.

Resultó cierta la profecía del gángster. El vehículo en el que

viajaban los miembros de la escolta de Morgan no acortó las distancias ni un solo momento.

—Aún están a tiempo de elegir entre hacerse ricos en unos años o...

Intencionado, no terminó la frase.

—¿Qué?

—Lo demás lo dejo a su imaginación. ¿Hemos llegado?

—Sí.

Los tres hombres penetraron en la jefatura de la Metropolitana, en donde, provisionalmente, Neil instaló su despacho por creer que el que ocupaba su antecesor en una de las principales calles de la ciudad, estaba controlado por los informadores de los gangsters. En la central policíaca de Chicago, donde entraban y salían diariamente cientos de hombres, le era más fácil pasar inadvertido.

—¿Está el juez? —inquirió a un sargento.

—Sí.

—Anuncie que le traemos a un detenido.

\* \* \*

Veinticuatro horas más tarde, merced a las gestiones de su abogado, Morgan Stearns conseguía la libertad bajo fianza. Al salir del calabozo de la jefatura y montar en el coche en el que le aguardaban tres de sus hombres, ordenó, terrible:

—Hay que cazar, al precio que sea, a Wallace Cookman. De su hermano me ocuparé personalmente. He caído en la trampa como un novato.

Mientras tanto, Louis Peatle y Neil, desde una ventana, seguían los movimientos de Morgan. Al verle alejarse, el inspector comentó:

—La Ley tiene demasiados recovecos y esos hombres los aprovechan a maravillas. Le he entablado un segundo proceso.

—¿De difamación?

—Sí. ¡Tendrá que probar que me dejé sobornar por Wallace! ¿Te parece que comamos? Son cerca de las cuatro de la tarde.

—Como quieras.

En el coche, se dirigieron a un céntrico restaurante para saciar su apetito regresando después a la jefatura, donde les aguardaba una sorpresa: la visita del comisario Thomas Rigg, del Estado Mayor

de la Oficina Federal de Investigación. Neil se puso a sus órdenes y, con meticulosidad, fue relatando lo sucedido.

Su superior, recostado en un butacón, le escuchó sin interrumpirle. Luego inquirió:

—¿No tiene más que decirme?

—De asuntos del servicio, no —replicó con firmeza el joven.

—¿Por qué ha omitido la existencia de su hermano?

—Por estimarlo de índole particular.

—No diría yo tanto.

Temblaron las manos de Neil.

—Supongo que no le importará aclarar esas palabras.

—A eso vine de Washington.

La respuesta, dada en tono seco, impresionó al inspector. ¿Qué le amenazaba?

Louis Peatle le tendió su pitillera y Neil encendió un cigarrillo, serenándose. Fumaron en silencio, Thomas Rigg comenzó:

—¡Lamento que el Estado Mayor me haya comisionado para resolver algo en extremo desagradable y que le concierne a usted, Cookman! ¿Sospecha de qué puede tratarse?

—Se ha recibido una denuncia. En ella se dice que su hermano Wallace, propietario de «El As de Trébol» y de una fábrica de alcoholes en Cicero, le ha sobornado con ciento setenta y dos mil dólares.

Neil enrojeció.

—Eso es falso.

—Yo también lo creo —repuso el comisario—. Su historial es uno de los más brillantes en el Cuerpo. ¿Recibió ese dinero?

—Sí.

La afirmativa contestación sorprendió a Peatle y a Thomas Rigg.

—Explíquese, Cookman. Lo que diga ahora tendrá carácter oficial. Louis...

—A la orden...

—Tome taquigráficamente sus declaraciones.

Neil, abatido, inclinó la cabeza. Su corazonada tomaba cuerpo. La proximidad de Wallace lo trajo siempre desgracia.

—¿Puede decirme qué pruebas hay contra mí, señor Rigg?

—Lo haré para ayudarle. Obra en Washington una fotografía en la que se ve al dueño de «El As de Trébol» introduciéndole un sobre

en uno de los bolsillos de la americana, y otra en el momento de cobrar en el Banco. El empleado, a quien interrogué hace unas horas, recuerda perfectamente que le entregó esa cantidad y su declaración figurará en el proceso. Es un feo asunto, Neil. Sólo la sinceridad podrá salvarle.

—Gracias, comisario. Voy a evocar algo que ha encanecido mis sienes prematuramente. Una vez que me haya oído, se convencerá de mi inocencia.

—Eso es lo que deseo.

Neil hizo una breve pausa y, depositando el humeante cigarrillo en un cenicero, comenzó:

—He de remontarme a la que bien pudiéramos llamar mi primera juventud...

## CAPÍTULO VII

—Mi hermano me lleva diez años. Somos los dos hijos únicos del matrimonio John Cookman-Gertrude Dermontt. Nunca nos llevamos bien, quizá por la diferencia de edades. Cuando Wallace era un hombre, yo no contaba más que diecisiete años. Por entonces murió mi padre, dejándonos en buena situación económica, no sólo por la pensión que mi madre disfruta todavía, y cobrará hasta su fallecimiento, sino por una fortuna en seguras acciones. Papá era ingeniero. Yo estudiaba para seguir su carrera.

Neil Cookman meditó unos segundos.

—Durante dos años, nuestras vidas no se vieron turbadas por incidente alguno. Sin embargo, en ocasiones, vi a mamá reñir a Wallace que, una noche, después de la cena, abordó una trascendental conversación. Creo que podré reproducir el diálogo con exactitud, pues lo que respecta al pasado, me obsesiona tanto que lo recuerdo como si acabase de suceder. Nos habló de una sociedad de importación y exportación para la que se requería un fuerte capital y de un socio a quien nunca llegamos a conocer. Entonces era, y supongo que lo sigue siendo, un magnífico actor.

—No reclamo mi parte de la herencia de papá —dijo—. Necesito, además, la de Neil. No hay riesgos. Cuando se comiencen a percibir beneficios, él ganará lo mismo que yo. De este modo, garantizando mi porvenir, trabajo a la vez por el suyo.

El se encargó de los trámites jurídicos y dos meses después cobraba, autorizado por mi madre en mi representación, por ser yo menor de edad, trescientos cuarenta y cuatro mil dólares. Con el pretexto de que nuestro domicilio estaba lejos de sus ocupaciones y por verse obligado a realizar frecuentes viajes a Nueva York, no residía en casa, visitándonos muy de tarde en tarde.

Un día mamá supo de sus dilapidaciones, de sus numerosas amantes, de que el negocio no existió jamás. Le llamó, afeando su conducta.

—Te llevaré a los Tribunales si no devuelves a Neil sus ciento setenta y dos mil dólares. Hay pruebas de que los has cobrado.

—Te prometo reintegrárselos a la primera oportunidad. Hoy no los tengo. Aseguro que...

—¡Basta de embustes! —cortó enérgica mi madre—. Te doy una semana de plazo.

Yo escuché el diálogo desde la biblioteca que comunicaba con el despacho por un arco de medio punto, cubierto con una gruesa cortina. Al día siguiente fui a ver al abogado de casa. Me preguntó:

—¿Cómo le hicisteis entrega del dinero? ¿Ante un notario?

—Mediante un cheque al portador firmado por mamá. A mí me entregó un recibo en el que aseguraba adeudarme ciento setenta y dos mil dólares. Lo guardé en la mesilla y ha desaparecido.

El abogado movió la cabeza con pesar.

—Hijo, fui muy amigo de tu padre y me duele decirte que tu hermano te ha estafado tu parte de la herencia. ¿No poseéis ningún documento?

—Todos se los quedó él. El único que me dio no lo conservo.

Me asaltó la idea de que Wallace me lo hubiese robado. Así se lo manifesté al jurista.

—Es una sospecha lógica. Tu madre se fió de él y tú también. No os recrimino. ¡Es tan monstruoso dudar de quien lleva la misma sangre! Ante cualquier tribunal, Wallace declarará que le entregasteis ese dinero para un negocio, que lo ha perdido y que piensa restituirlo. Esto, en el mejor de los casos, si hay quien le identifique como cobrador del cheque, cosa muy difícil. Resignaos a perder. Convince a Gertrude de que el dinero no vale ni una lágrima ni un disgusto, y ocúltale la verdad. Es un leal consejo. Por fortuna, con lo que os queda, viviréis decorosamente. Si emprendes un proceso contra Wallace, se mancillará vuestro apellido honrado, y al final es muy posible que fracasemos. Tu madre tendrá que declarar contra su hijo... No querrá hacerlo. No la pongas en ese dilema.

Las palabras del abogado claváronse en mi corazón. Convencí a mamá y Wallace estuvo dos años sin aparecer por casa. Una noche

vino a decirnos que tenía una novia formal y pensaba casarse. Nos presentó a una muchacha, Sarah Thurber. Aún no me explico cómo pudo engañarla. La tomé simpatía y la noche antes de la ceremonia le dije la verdad para que no uniera su vida a la de mi hermano. Se casó. Al preguntarle a Sarah por qué cometía tal locura, me dijo que Wallace lo negó todo, asegurando que yo estaba celoso y ambicionaba arrebatárle la novia. Es cierto que la quise desde el instante en que la vi. Un año después vino a casa, contándonos las innumerables vejaciones que su esposo la hacía objeto.

—¿Por qué no te habré escuchado? —me dijo, cuando mamá se marchó a descansar.

Eran inútiles las recriminaciones. Así se lo manifesté. Me confesó que dentro de siete meses tendría un niño. Él lo ignoraba y acordamos mantenerlo en secreto. Por consejo mío se inició la demanda de divorcio, que tardó más de un año en resolverse. El abogado a quien consulté lo de la herencia, se ocupó de los trámites. Mientras tanto, Wallace no vino a visitarnos ni una vez siquiera. Nos trasladamos a Nueva York, y en una clínica, Sarah tuvo un hijo, al que pusimos el nombre de Alfred, en recuerdo de su difunto padre. Olvidé decir que era huérfana desde los once años y que residía en Filadelfia con una tía. Allí conoció a mi hermano. Concedido el divorcio, se quedó con nosotros. Es una gran muchacha.

Neil Cookman guardó silencio antes de reanudar la triste historia.

—Por entonces concluí mi carrera de ingeniero, solicitando el ingreso en el

F. B. I.

En mi propia carne había sentido la maldad y quise consagrarme a combatirla. Me guiaba también la desesperación. Amaba a Sarah, pero el honor me impedía confesárselo. Al dirigirme a Chicago para sustituir a mi antecesor, muerto por los gangsters, trasladé la residencia de mi madre a las afueras de la ciudad. Entonces supe que aquí residía Wallace y que se le identificaba con los criminales, eliminados por el inspector Allan Clemens, de la Metropolitana. Me entrevisté con él para averiguar la verdad. Cometí una falta, de la que me considero responsable, al indicarle que pensaba investigar sus negocios. Me preguntó si iba a hacer lo mismo con Morgan

Stearns y respondí afirmativamente. No supuse que fuese tan canalla como para divulgarlo. Reconozco mi error.

Neil refirió a continuación las circunstancias que rodearon la devolución del dinero.

—Lo hice por dar una alegría a una anciana, que aún tiene fe en su hijo mayor. ¿Se sabe quién ha hecho esas fotografías?

—No. Al Estado Mayor no le interesan sino los hechos —repuso el comisario Thomas Rigg—. ¿Qué pruebas puede presentar que testifique la veracidad de su historia? ¿Encontró el recibo perdido?

—No.

—Deme entonces las señas del abogado de su familia.

—Ha muerto.

Louis Peatle se movió inquieto en la silla. Comprendía que su amigo atravesaba un difícil trance. Intervino:

—Piensa bien, Neil. ¡Me consta que lo que has dicho es cierto! ¿Declararía Sarah Thurber?

—Sí; pero temo que no sea creída. Estamos prometidos. Además, no le conté la historia con detalles para no herirla. Me limité a hablarle de Wallace, de que había dilapidado parte de mi fortuna. Mamá lo ignora todo. Aunque no fuese así, ¿cómo exponerla a sus años y sus achaques a un interrogatorio tan cruel? Aceptaré las consecuencias, comisario. ¿Qué me ordena?

—Hoy nada. Comunicaré con Washington. Hasta que llegue la respuesta queda relevado del mando y bajo la vigilancia de Louis Peatle, que asume su puesto.

Thomas Rigg se incorporó, y poniendo una mano en el hombro de Neil, le dijo cariñosamente:

—Haré lo que pueda por sacarle de este aprieto. Es un pleito en el que no quisiera verme mezclado. Lo estimo demasiado para ser un juez imparcial. ¿Le importa que llamemos a su hermano a declarar?

—No. Si es un hombre, dará fe de mi historia.

El comisario paseó nervioso por la estancia.

—¿Se da cuenta de que si niega lo que acaba de decirme nada podrá salvarle?

El inspector asintió con el gesto y la palabra:

—¡Correré el riesgo!

Las contestaciones de Neil Cookman eran cada vez más

sombrías. Thomas Rigg, mirándole inquisitivo, le hizo una última pregunta:

—¿Me da su palabra de honor de no hablar para nada con Wallace?

—Sí. Peatle lo testimoniará.

—Me sobra con su promesa, Neil. Me marchó. Venga por el despacho a la hora de costumbre. Ya tendrá noticias mías. ¿La mano?

Emocionado por la prueba de confianza del comisario, el joven estrechó la diestra de Thomas.

—Sigo tan honrado como siempre, señor Rigg. Gracias.

—Adiós.

Quedaron solos Neil Cookman y Louis Peatle. El segundo dijo:

—Hemos sido siempre grandes amigos. Te pido permiso para abrir una investigación en Washington, apenas el Estado Mayor ordene trasladarnos a la capital. Interrogaré personalmente a Wallace.

—No conseguirás nada. Le conozco bien.

—Su ex mujer me dirá el nombre de las amistades que frecuentaron.

—¡No compliques a Sarah! Que mi hermano no sepa la existencia de su hijo.

Peatle se encogió de hombros.

—No te entiendo. Si te declaran culpable serás expulsado del Cuerpo y tal vez se te exija responsabilidad criminal. ¡Debes luchar por tu inocencia!

Neil, entristecido, replicó:

—Si Wallace se ha propuesto perderme, lo conseguirá. Sus pruebas son concluyentes. Yo no podré oponer más que palabras...

## CAPÍTULO VIII

En la espaciosa habitación del piso primero del edificio de la Corte Suprema de Washington, reinó el silencio tras la lectura de los cargos hechos por el fiscal contra Neil Cookman Dermontt, inspector del Federal Bureau of Investigation.

Formaban el tribunal tres miembros del Estado Mayor, presididos por el comisario Thomas Rigg, de mayor antigüedad, actuando de fiscal un agente designado para tal fin. La defensa, por petición del interesado, corría a cargo de Louis Peatle.

Neil Cookman se hallaba en pie, dispuesto a responder a lo que sus superiores le preguntaran. Thomas Rigg habló:

—¡Inspector, le brindamos la última oportunidad para salvarse de la deshonra! Todos queremos creer en usted, pero no ignora que la justicia se fundamenta en pruebas, y sólo éstas pueden condenar o absolver. Conteste sí o no a mi interrogatorio. ¿Es cierto que avisó a su hermano Wallace de una próxima investigación a realizar por usted?

—Sí.

—¿Es cierto que le dijo también que haría una visita con idéntico fin a Morgan Stearns?

—Sí.

—¿Le entregó horas después de tales informaciones un cheque por valor de ciento setenta y dos mil dólares, que ingresó en el «First National Bank», a nombre de su madre?

—Sí.

—¿Por qué no lo hizo a su propio nombre?

—Razones sentimentales.

—¿Era de usted el dinero o no?

—Era mío, de la herencia de mi padre.

—¿Insiste en no aportar pruebas que demuestren la veracidad de la primera declaración hecha?

—Sí, con excepción de Wallace Cookman.

El comisario, irritado por considerar que con sus contestaciones y su absurda actitud Neil estaba labrando su propia ruina, alzó un papel.

—Le leeré su declaración:

Pregunta: ¿Entregó usted ciento setenta y dos mil dólares a un inspector de la Oficina Federal de investigación?

Respuesta: No. Lo hice a mi hermano para satisfacer una antigua deuda.

Pregunta: ¿Qué deuda?

Respuesta: Es un asunto personal. Sin embargo, por si sirve para ayudar a Neil, le diré que me prestó ese dinero para negocios hace muchos años.

Pregunta: ¿Pertenece a su parte de herencia del legado de su padre?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿No hubo nada anormal en tal préstamo?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Está seguro?

Respuesta: Absolutamente.

Thomas Rigg carraspeó levemente para agregar, desviando sus ojos del escritorio:

—Ésta es la parte, que corresponde al fiscal. El interrogatorio del abogado defensor es el que sigue:

Pregunta: Según declaraciones del acusado, las relaciones entre usted y él no eran buenas. ¿Por qué razón?

Respuesta: Cuestión de carácter.

Pregunta: ¿Es cierto que quiere usted ayudar a su hermano?

Respuesta: Para eso estoy aquí.

Pregunta: La acusación contra Neil Cookman se apoya en no poder justificar la percepción de ese dinero. ¿Puede probarlo usted?

Respuesta: No. Mi madre me entregó un cheque al portador.

Pregunta: ¿Ella puede recordarlo?

Respuesta: Sí. Debieron llamarla.

Pregunta: Se opone su hermano alegando razones de salud y el derecho que le asiste. Si el caso se traslada a los tribunales de

justicia variará la situación. ¿Le molestaría verse envuelto en un proceso?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Qué puede decirme del negocio en que invirtió su parte de herencia y la de su hermano?

Respuesta: Que no llegó a iniciarse, gastando parte del dinero en tanteos y atenciones personales. Neil es un gran chico y no me reclamó la deuda.

Pregunta: ¿Cómo explica que prescindiera de una cantidad tan enorme sin protesta?

Respuesta: Eso debe aclararlo él.

Pregunta: ¿Envió usted las fotografías? ¿Le denunció para evitar que en un futuro investiguen a fondo sus negocios?

Respuesta: Le procesaré por calumnia si repite esas palabras.

Pregunta: Perdone. No quise expresarme así. ¿Le agradará que su hermano carezca de autoridad convirtiéndose en un simple ciudadano?

Respuesta: Me tiene sin cuidado. Allá él...

—Hasta aquí la parte sustancial del interrogatorio a que fue sometido Wallace Cookman Dermontt —agregó Thomas Rigg, depositando sobre la mesa los folios que contenían las declaraciones—. ¿Qué tiene que decir, inspector?

—¡Nada! —replicó el interpelado con desaliento—. Me faltan pruebas.

—¿Quiere manifestar algo más en su descargo?

—Sí; que soy inocente.

—Retírese.

—A la orden.

Neil salió con Peatle y el fiscal a una sala inmediata. Louis vaticinó:

—El resultado te será adverso. He de rogarte que me disculpes por haberme tomado una libertad sin tu consentimiento: la de visitar a Sarah Thurber. Ella me dijo que la salud de tu madre era delicada y por eso no insistí en hacerla venir como testigo. Insinuó que quizá tu expulsión fuera lo mejor para que no os enfrentéis a muerte dos seres de la misma sangre. Me pareció una mujer admirable por su sensatez. Con ella vivirás feliz.

—No será posible mientras no reivindique mi nombre.

En la habitación, ocupada por los tres hombres, reinó un largo silencio. El que actuó como fiscal, acercándose a Neil, se ofreció:

—Sea cual fuere el veredicto, dispón de mí como de un amigo.

—Gracias.

Fumaron, abstraídos en sus propios pensamientos. Quince minutos después eran llamados a la sala donde se celebraba la última sesión del juicio. Thomas Rigg, en pie, leyó la sentencia:

—El tribunal, a la vista de las declaraciones y pruebas presentadas en el proceso privado que se sigue contra el inspector Neil Cookman Dermontt, ha decidido considerar culpable al acusado. En atención a su hoja de servicios, no se hará público el fallo ni se le instruirá proceso criminal por las autoridades competentes. Entregue el «carnet» y el revólver, señor Cookman.

El joven, pálido como un cadáver, obedeció. Después, sin una palabra, abandonó el edificio de la Corte Suprema de Washington.

Caminó como un autómatas por Pennsylvania avenue no tardando en llegar frente a la Casa Blanca. En su corazón rugía un volcán de encontrados sentimientos. ¡Culpable! ¡Resultaba increíble! ¡Y era todo una maniobra de Wallace! Estaba seguro de ello. Tenía que desenmascararle, demostrar a sus compañeros que se equivocaron al juzgarle, cometiendo un tremendo error. Sus jefes y camaradas obraron en conciencia. El, estúpidamente, cayó en la trampa que su hermano le tendiera.

La idea de la venganza dominó su desánimo, su momentánea flaqueza moral. Irguió la cabeza con altivez. El demostraría que...

—Neil...

Se volvió.

—¡Sarah! ¿Cómo viniste?

—¡No podía dejarte solo! Estaba a la puerta de la Corte Suprema, pero no reparaste en mí. ¡Ibas ciego por el dolor! Te he seguido, adivinando la verdad.

—Sí. Mis superiores han tenido la gentileza de no enviarme a la cárcel. ¡Eso he de agradecerles! Ante la sociedad, por la que tanto he luchado, soy peor que Wallace.

—¡Es inútil que te desespere! Subamos a un «taxi». Él nos conducirá a un lugar donde podamos hablar con tranquilidad, sin dejarnos llevar de pasiones que a nada conducen.

Subieron a un vehículo de alquiler, que les condujo al Potomac,

el espléndido parque de la capital de los Estados Unidos y del distrito federal de Colombia. En uno de los paseos, acomodados en un banco, Sarah tomó entre las suyas las manos del hombre al que amaba.

—No te tortures inútilmente. Neil. La Providencia es sabia.

—¿Te alegras de que me hayan expulsado?

Las pupilas del joven llameaban con extraño fuego. Ella, con sencillez y pesar, confesó:

—¿Cómo puedes imaginar semejante cosa? Desde que me contaste tu encuentro con Wallace, no he conseguido alejar de mí la idea de... ¡Dios mío! ¡Otra vez el presentimiento!

Sarah Thurber se cubrió el rostro, estremeciéndose de pavor. Sorprendido, Neil inquirió:

—¿Qué te ocurre? ¡Vamos! ¡Dímelo!

—Anoche, a solas en mi habitación, me entró un miedo espantoso. Me pareció ver a dos hombres ensangrentados. Se me ha repetido la visión durante el sueño y ahora acaba de sucederme el mismo fenómeno. Podéis ser tú y Wallace. Tu madre no resistiría el golpe.

—»Por ella he de sacrificarme. No obstante, lucharé para que triunfe la verdad. Has tenido mala suerte, Sarah. Te casaste con mi hermano que, aunque me duela decirlo, es un canalla. Ahora te has prometido a un hombre sobre el que pesa el estigma del deshonor.

—¡Tú eres bueno!

—Para tu alma, nada más.

—Y para Dios.

—También para El, Sarah. ¡No resistiré que mis antiguos amigos rehúyan saludarme!

—No sucederá. Volvamos a Chicago. Washington te recuerda el peor momento de tu vida.

—Así es. Vayamos al hotel a recoger el maletín. He de abonar la cuenta.

Un «taxi» les llevó al «New-Willard», en cuyo vestíbulo aguardaba a Neil un confortador consuelo. Thomas Rigg le tendió con afecto su mano.

—He venido a testimoniarle mi consideración, Cookman. El hecho de que el tribunal que he presidido le declarase culpable no afecta a mis particulares puntos de vista. Confío en que volvamos a

tenerle entre nosotros. Marcho a ocupar su puesto, auxiliado por Peatle y el personal de plantilla. Disponga de mí para su rehabilitación.

Emocionado, Neil estrechó la diestra del comisario en un nervioso apretón, más elocuente que todos los discursos.

—¡No le defraudaré, señor Rigg!

—¡Así me gusta! ¿Es su prometida?

—Sí. Olvidé presentarles. El comisario Thomas Rigg. Sarah Thurber...

—Encantado de conocerla. ¿Me permite un consejo? Me autoriza a dárselo el cariño que profeso a Neil y mis años.

—Le oiré con gratitud.

El hombre del Estado Mayor hizo una breve pausa.

—Estimule al hombre que ama para que consiga que la verdad resplandezca. Debe borrarse todo lo que ensombrezca el porvenir. Es lícito que un ser se sacrifique, pero es criminal que sacrifique también a los que le rodean, incluso a sus posibles hijos.

—Comprendo. No seré un obstáculo en la vida de Neil.

El joven se apartó para abonar el importe de su estancia y pedir que le bajasen el maletín en el que, antes de ir a la Corte Suprema, guardó su equipaje.

Minutos más tarde despidiéronse del comisario, dirigiéndose a una agencia de aviación para conseguir los pasajes. Neil preguntó a la mujer:

—¿Qué te dijo Rigg cuando me alejé?

—Que, transcurrido un mes, hicieras una visita de cortesía a Wallace manifestándole que tus sospechas con respecto a él se han desvanecido. Insinúa que quizá todo sea obra de uno de los secuaces de Morgan Stearns, que quiso vengarse de ti.

No hubo asombro por parte de Neil. Comprendía la intención del comisario. Thomas estaba seguro de que Wallace le denunció para que le expulsaran del Cuerpo. ¿Con qué objeto? ¿Por tener un enemigo menos, por odio o por garantizarse su colaboración? De las tres hipótesis, la última era la más probable.

Nadie mejor que un federal para burlar a otro federal.

Thomas Rigg, por conducto de Sarah, le sugirió un trato amistoso con Wallace. ¿Para qué? ¡Él era el único capaz de probar su inocencia!

—¿En qué piensas? —inquirió la mujer.

—En el comisario. Posiblemente esté en lo cierto.

Continuó su interrumpido coloquio mental, trazándose un plan a seguir en el futuro.

Al montar en el avión que había de conducirlo a Chicago, en los labios de Neil se dibujaba una sonrisa satisfecha. Sarah le miraba, asombrada del brusco cambio. El rugido de los poderosos motores sonó en los oídos del joven Cookman como un canto de intensidad, de violencia...

## CAPÍTULO IX

Wallace se incorporó sonriente para recibir a su hermano. Junto a él, Irving Carroll, la mano derecha muy cerca de la funda axilar, vigilaba los movimientos del recién llegado. Al fondo, un tercer individuo, en pie, parecía ajeno a lo que en el despacho ocurría.

Hubo unos segundos de tensión. Neil, que notaba afluir la sangre a sus mejillas con inusitada violencia, esbozó un gesto amistoso.

—Hola —dijo con naturalidad—. ¿Te estorbo?

El dueño de «El As de Trébol» rodeó la mesa para acercarse a su visitante.

—Nada de eso. Me he preguntado qué habría sido de ti. Hace cerca de un mes que no nos veíamos.

—Sí. Estuve... ¿No podríamos quedarnos solos?

—¡Claro!

Se volvió a Carroll y al otro gángster.

—Márchense. Les llamaré si les necesito.

Le obedecieron en silencio. Una vez sin testigos, Wallace palmoteo la espalda de Neil.

—Siento mucho lo ocurrido. Sigo buscando una prueba que demuestre, sin molestar a mamá, tu inocencia. Si no hubieras extraviado el recibo que te di...

—No hablemos de eso. Quiero olvidarlo. Leí tus declaraciones. No pudiste hacer más sin comprometerte.

Wallace clavó inquisitivo sus ojos en los de Neil. Esperaba una entrevista borrascosa.

—¿Lo dices con sinceridad?

—¿Por qué no? Debes investigar quién consiguió la «foto» del *cabaret*. Posiblemente un secuaz de Morgan Stearns. ¡Buena venganza la suya! Me lo advirtió al detenerle.

—¿Qué te agradaría más, tomar la revancha o demostrar que eres culpable?

—Ni lo uno ni lo otro. No volveré a servir a una ley injusta, incapaz de valorar a un hombre por su historia. Dame una copa. Soy libre de actuar como se me antoje. Hasta ayer no me di cuenta de que con mi juventud y mi experiencia, puedo conseguirlo todo.

Satisfecho del giro que tomaba el diálogo, Wallace abrió un armario, sacando una botella de *whisky* y dos vasos, en los que sirvió el licor.

—¿Por qué brindamos?

—Por la vida. Vayamos al salón. Tengo ganas de oír música y de beber. Creo que usaré y abusaré de mi condición de hermano tuyo.

Wallace acompañó a Neil a la barra en el momento en que Dorothy Fielding terminaba una de sus canciones. Hizo una seña a la muchacha, que se les acercó.

—Ocupate de él. He de resolver unos asuntos. No tardaré en reunirme con vosotros.

Se alejó con paso rápido. «El As de Trébol», pese al asalto de Giovanni Melotti y sus hombres, conservaba su natural animación. Los desperfectos fueron reparados en un día.

—¿Qué vas a beber, Dorothy? A mí sírveme un doble de «cognac». El jefe paga.

El encargado del mostrador accedió, consultando a la muchacha con el gesto.

—No tengo sed.

Neil Cookman apuró de un sorbo el contenido del vaso y, encarándose con la cantante, exclamó:

—¡Nada podemos reprocharnos! ¡Los federales me han expulsado!

—Lo sé.

—¿Por quién?

—Wallace me informó. ¿Eres de verdad culpable?

El aludido, pidiendo más «cognac», lanzó una carcajada:

—¡Qué importa! Lo esencial, por ahora, es esto.

Mostró el licor con la mano izquierda, mientras golpeaba el cristal con el dedo índice de la derecha, arrancándole un diverso tintineo, según lo hiciera en la parte llena del líquido o en los bordes superiores. Bebió:

—¿Bailamos, Dorothy?

—Sí.

La muchacha mostrábase entristecida. Danzaron sin cruzar una palabra, con el alma ausente. El cerebro de Neil comenzaba a turbarse por las frecuentes libaciones. Dorothy, aprovechando el sosiego del «slow», imploró:

—¡No arruines tu porvenir ni te dejes llevar por los acontecimientos! El hombre que no domina la adversidad, cae víctima de ella.

Neil, cínico, hiriente, repuso:

—Sobran los sermones. Desde hoy sólo pienso entender un lenguaje al que denominaré trilogía del olvido: *whisky*, música y mujeres. ¿Vas a hablarme tú de moralidad? Resulta curioso.

Dorothy, dolorida por el tono despectivo de su interlocutor, calló. Terminado el baile volvieron al mostrador.

—¡Lléname el vas! —ordenó al camarero.

—¿Sigue con «cognac» o cambia a *whisky*?

—Me da lo mismo. De lo que sea deje la botella al alcance de mi mano —volvióse a Dorothy—. Veo que desapuebas mi conducta, Dorothy. Yo también la tuya. Estamos en paz. ¿Cuándo te casas?

—Aún no lo he decidido.

—No me disgustaría birlarle la novia.

Cogió el vaso, apurándolo a pequeños sorbos. Al terminar, inquirió:

—¿Qué te parece la idea?

—Absurda. Me temo que no estás en tu sano juicio. He de actuar dentro de unos minutos.

La joven, no sin brusquedad, se apartó de Neil Cookman que, con la botella acercóse a la mesa ocupada por Irving Carroll, sentándose. Le tuteó:

—¿No te importa que te acompañe? Echa un trago del mío. ¿A quién mirabas con tanta atención? ¡Ah! Al primo de Dorothy. No parece mal chico.

Irving se levantó sin responderle, con una mirada de desprecio, desapareciendo por la puerta que conducía a los reservados y habitaciones interiores del *cabaret*. Neil bebió hasta embriagarse quedándose dormido de bruces sobre el mantel. Poco después, Carroll y Wallace le condujeron al despacho.

—Tiéndalo en el diván, Irving. Hizo bien en avisarme y yo mal en separarme de mi hermano.

\* \* \*

Neil despertó con un formidable dolor de cabeza que se localizaba en las sienes y la nuca. No recordando lo sucedido, miró alrededor. Se hallaba en una alcoba lujosamente amueblada, con un balcón que comunicaba con el jardín. En la mesilla había un vaso de agua, que, quitándole el mal sabor de boca, le devolvió parte de su vitalidad.

Vio su ropa en un moderno perchín y, al fondo, una puerta.

—No me vendrá mal una ducha —se dijo, a Más tarde, confortado, comenzó a vestirse. Evocaba, como a través de una espesa niebla, los diferentes grados de su embriaguez. Pensó que, quizá, su hermano le trasladara a su residencia.

Miró debajo de la almohada en busca de su revólver y al no hallarla, recordó que le desarmaron en la Corte Suprema de Washington.

Totalmente recobrado, salió a un pasillo que enlazaba con el piso inferior por una escalera de mármol. En el *hall*, fumando despreocupado un cigarrillo, vio a Irving.

—¿Y Wallace? —inquirió.

—Desayunando en el comedor.

Como Neil vacilara, le dio un dato más concreto:

—Es la segunda habitación de la derecha.

—Gracias.

Entró sin llamar. Su hermano tomaba unos sandwiches.

—Llegas a tiempo, Neil. Siéntate. Hay para los dos.

—¿A dónde me trajiste?

—A mi hotel del paseo de la Orilla del Lago. Pensaba ir a despertarte apenas terminara. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Va pasando el dolor de cabeza.

Comieron en silencio. Al terminar, Wallace, recostándose en la silla, comenzó:

—Escúchame sin interrumpirme. No voy a moralizar, porque ése no es mi fuerte. Sin embargo, hasta en el mal hay categorías. Ninguno de los grandes genios de la delincuencia fue débil. El

alcohol y las drogas engendran enfermedades y peligros. Es estúpido que un hombre se deje vencer por lo que constituye su negocio. Tráfico de alcoholes.

—¿Nada más? —inquirió con sorna Neil.

—Bueno, también en otras cosas. Siempre he sido ambicioso. Por eso parezco un puritano. No bebo ni juego. Con excepción de Capone, jugador empedernido, ninguno de los grandes «boss» que rigieron Chicago lo hizo tampoco. Dillinger fue una antorcha que se extinguió consumida por su propia intensidad. Hace años me di cuenta de que el Sindicato que gobierna la vida delictiva de Chicago dejaba actuar libremente a indeseables aislados. Me puse al hablar con Jake Guzik, proponiéndole que, mediante un tanto por ciento de mis beneficios, me permitiera actuar en la ciudad. Aseguré que no me mezclaría en lo que constituye su principal fuente de ingresos: la prostitución, el juego y las drogas. Obtuve el permiso. Poco a poco he ido aumentando mi fuerza. Me han ayudado algunos «accidentes» ocurridos a quienes intentaban cruzarse en mi camino. Hoy poseo millones.

Chispeaban las pupilas de Wallace Cookman.

—El Sindicato no ignora mi fuerza. Espero que, en breve, me pidan que me una a ellos con mi organización. Entonces pasaré a ser uno de los elementos rectores. Luego..., ¿quién sabe lo que puede ocurrir?

—¿Aspiras a erigirte en jefe supremo?

—Exacto. La tarea es dura. No te pido colaboración porque no quiero exponerme a que me traicionen ni exponerte a caer en manos de tus propios compañeros. Te he hecho esta historia para que no vuelvas a embriagarte. El alcohol arruina a los hombres, dejándoles convertidos en guiñapos. Supongo que será cierto lo que afirmaste en el sentido de ingresar los ciento setenta y dos mil dólares en la cuenta de mamá. Ello quiere decir que no tendrás dinero.

—No demasiado.

—Te prestaré el que necesites. ¿Hacen cinco mil?

—Sí. ¿Cómo podré devolvértelos?

—¡Bah! No te preocupes. Es posible que tengas oportunidad de hacerme un servicio que valoraré en esa cantidad.

—¿Vas a mezclarme en tus asuntos?

Wallace, prudente, negó.

—No, por ahora al menos. Yo, en tu lugar, me divertiría para quitarme el mal sabor de boca. ¿Sabe mamá lo ocurrido?

—Sí.

—Me extraña. Conozco a nuestra madre. Ella se hubiera presentado, aún después del veredicto, para convencer a los federales de la verdad de ese dinero.

—Le aconsejó Sarah que dejase las cosas tal como están, alegando que así nada enfrentaría a dos hermanos. Les conté que bordeabas la Ley, suavizando el relato para no preocuparla en exceso.

—Me gustaría verla.

—Te prepararé la entrevista.

Desvió la conversación para no comprometerse:

—¿Te importa que pasee con Dorothy?

Wallace sonrió, levemente irónico.

—Te has vuelto muy mirado.

—No deseo que nos enojemos por una mujer.

—Hazlo si ella accede. Es muy esquiva. ¿Es cierto que la expulsaron de la Metropolitana? Tú debes saberlo.

Neil calló, dudando en la respuesta. ¿Cómo logró averiguarlo? Si negaba, perdería la confianza de Wallace. Por el contrario, en el caso de no ser más que una sospecha, el deseo de averiguar una verdad intuita, una contestación afirmativa, comprometía peligrosamente a la muchacha. El carácter de su hermano, apasionado bajo la capa de frialdad, compaginaba mal con su indiferencia de que saliera o no con la mujer. ¿Estaba sentenciada?

Tales razonamientos cruzaron como un relámpago por la imaginación de Neil.

—Conozco su caso a fondo. Fue culpable. Por esa razón quise hablarle cuando la acompañaba Irving. Dorothy es lo que seré yo dentro de unos meses, un ser sin posible regeneración, caído en el mundo de un hampa de «frac», en el que las pistolas apenas si ladran.

—Hizo mal en no decírmelo.

—¿Vas a castigarla?

—No. Se lo reprocharé en la primera ocasión. Hazlo tú por mí. Éste es su teléfono.

El propietario de «El As de Trébol» escribió unos números en

una cartulina, entregándosela.

—Lo haré. ¿Nos veremos en el *cabaret*?

—Sí. ¿Te marchas? ¿No olvidas nada?

—Los dólares prometidos. No me atrevía a recordártelo.

La sumisión de Neil era perfecta, y agradó a Wallace.

—Haz efectivo un cheque. No debe importarte que te vean. Creo que soy yo el que está en deuda contigo. Mantuviste durante años a la que fue mi esposa. Sarah, por consejo tuyo, renunció a la pensión concedida por la Ley.

—No vale la pena. Ella ha acompañado a mamá, evitándole vivir en soledad.

El mayor de los Cookman sacó de una cartera de piel un talón.

—Toma. Lo tenía extendido. Hasta la noche. Has ganado mucho en mi confianza.

El ex inspector, ya en el paseo de la Orilla del Lago, anduvo hasta la próxima parada de taxis y, montando en uno, ordenó al chófer:

—Al «National Bank of Republic».

Recostado en el asiento posterior, meditó la conveniencia de prevenir a Dorothy, lo que hizo desde una cabina pública de las oficinas bancarias.

—¿Dónde podremos vernos? Me agradecería que comiéramos juntos... ¿En la entrada principal del parque Lincoln? Sí; dentro de una hora... Adiós.

Colgó, dirigiéndose a una ventanilla. Diez minutos más tarde percibía el dinero. Aunque se mostraba distraído, observó que un individuo, cerca de él, tenía el sombrero a la altura del pecho. Le extrañó la posición.

Embolsándose el fajo de billetes, salió del Banco, confundiéndose con el numeroso público que deambulaba por la ancha acera de la calle Comercial. Se detuvo en un escaparate, siendo rebasado por el hombre del sombrero, que subió a un taxi. Neil le imitó.

—Si no pierde de vista a ese coche, ganará diez dólares.

—Descuide.

—Si el viajero repara que le seguimos, aprovechará un paso de peatones para despistarnos.

—Imposible que se de cuenta. El tráfico es enorme.

Tenía razón el conductor. Eran numerosos los vehículos de alquiler y particulares que marchaban en interminable cadena, produciendo frecuentes embotellamientos.

Siempre en persecución del que le interesaba, Neil apeóse en Norton Street, y a pie, por la 52 avenue, llegó a la de Odgen, para penetrar en Kedzie y atravesar los canales de Drenaje y de Illinois. Por un momento, el ex inspector creyó que el desconocido trataba de burlarle, más pronto comprendió que estaba haciendo tiempo por las frecuentes consultas al reloj de pulsera.

De 57th Street pasó a la 59, y desde allí, bordeando el parque Washington, descendió por Woodlawn avenue a la Calle 67, adentrándose en el parque Jackson.

Neil, que no le perdía de vista, hubo de esconderse tras un árbol y contener una exclamación de asombro. Irving Carroll, el lugarteniente de su hermano Wallace, cambiaba su sombrero con el del hombre. Después le entregó un sobre azul, conteniendo, sin duda, el precio ajustado por el trabajo. Sin una demostración de afecto, el gángster se separó de su cómplice, que, con rostro satisfecho, se acomodó en un banco, encendiendo un cigarrillo.

El joven Cookman, luego de comprobar que Irving había desaparecido entre la multitud y que en el parque sólo jugaban unos pequeñuelos bajo la vigilancia de sus madres, absortas en lecturas o labores, hundió su diestra en el bolsillo de la americana, aproximándose por la espalda al individuo.

—Póngase en pie con naturalidad y vuélvase. ¿Le gusta mi cara? Me ha fotografiado tres veces.

—No sé a qué se refiere.

—Es inútil que finja. Le vengo siguiendo desde el «National», y he visto su maniobra con Carroll.

Cubriéndose con su cuerpo, desarmó al que tan eficazmente colaboraba con su hermano para perderle. Exclamó burlón:

—Me estaba cansando de encañonarle con el dedo. Sería ridículo que ahora le matase con su propia pistola. Escúcheme bien. Cogidos del brazo, como dos buenos amigos, haremos una visita de importancia. Si intenta escapar le mataré como a un perro.

El amenazado, hombre de unos treinta años, seguro de sí, replicó:

—No seré tan necio. Poseo licencia de armas y soy fotógrafo. No

podrá probarme nada.

—Veremos.

Abandonaron el parque. Neil, por teléfono, se puso en comunicación con Louis Peatle.

—He cazado a un pájaro de cuenta. Yen con un coche a Woodlawn avenue. Te espero en el mostrador de una taberna, en el número 602. No tardes.

—Descuida.

Veinte minutos después, el federal se apeaba en el lugar indicado por Neil.

—Hola. ¿Éste es el «tipo»?

—Sí. Quiero que le lles a nuestro refugio privado y te encargues de que no escape. A las tres o las cuatro de la tarde pasará por allí para que, sin testigos, presencias el interrogatorio. Dale el trato a que se haga acreedor. El obtuvo las fotos y, aunque lo sé, quiero que diga en alta voz quién se las encargó.

—¡No hablaré más que en presencia de mi abogado!

—¡No escandalice! Suba a mi automóvil. ¿A dónde vas, Neil?

—He de entrevistarme con una chica. Es una cita importante. Comeré con ella. Hasta luego.

—Suerte.

—Gracias, Louis.

El ex federal vio cómo Peatle esposaba al detenido, sentándole a su lado en el automóvil, y en un taxi se trasladó al parque Lincoln, en el que le aguardaba Dorothy.

—Perdona. Me he retrasado unos minutos. Cada día que pasa se hace más difícil circular por Chicago. ¿Por qué me miras así?

—¡No te asocies a tu hermano! Si lo haces, acabarás en el patíbulo.

—¿Por qué esa certeza?

—De la Ley nadie se burla.

—¿Y tú?

El interrogante de Neil desconcertó a Dorothy.

—Yo no tengo importancia. Soy un desecho de la sociedad. Tú eres distinto. Puedes rehabilitarte. ¡Sepárate de Wallace!

Emocionado por la angustia que denotaban las frases de la muchacha, el joven, tomándola del brazo, la condujo al interior del parque. Se detuvieron ante la estatua de Schiller, rodeada por un

macizo de flores.

—Quería hablarte de mi hermano, Dorothy. No sé cómo habrá averiguado tu historia. Sabe que fuiste expulsada de la Metropolitana. ¡Te aseguro que yo no se lo dije!

—Lo sé. Anoche registraron mis habitaciones, apoderándose de la copia de mi expediente. Lo conservaba..., ¡qué sé yo por qué! Me he preguntado hasta ahora quién pudo ser. ¿Qué movió a Wallace a hacerlo?

—¿No lo imaginas?

Dorothy Fielding vaciló antes de contestar:

—No.

—Creo que me ocultas algo. Quiero y puedo ayudarte.

—¿En qué sentido?

Neil no contestó. ¿Confiaría en la muchacha? No. Los secretos dejan de serlo si son compartidos. Mejor era que ella lo ignorase todo.

Caminaron despacio por las umbrosas avenidas, conversando de temas triviales. A la hora de comer, en un restaurante próximo al Michigan, ninguno de los dos abordó el tema fundamental, el que les obsesionaba. Al despedirse, Neil dijo:

—Recuerda mi advertencia, Dorothy.

—No la olvidaré.

Se separaron sin haberse confiado sus intenciones e inquietudes. El joven, con un gesto duro, cruel, se encaminó a una casa de un solo piso, inmediata a los famosos «Unión Stockyards», grandes depósitos de ganado. Pulsó el timbre de la puerta de forma convenida, con leves intervalos. Louis Peatle salió a abrirle.

—Hola, Neil. Arriba está Thomas Rigg.

—¡Mejor!

Atravesaron varias habitaciones hasta llegar a una interior, en la que el comisario conversaba con el detenido, intentando obtener de él una declaración. Llevado por la fuerza de la costumbre, el joven Cookman le saludó como lo hizo siempre.

—¡A sus órdenes, señor Rigg!

—¡Buenas tardes, Neil! Este hombre niega.

—Es natural. Ha usado usted los mismos procedimientos que con un caballero. ¿Se olvidará de lo que presencié?

Thomas captó la señal que su antiguo subordinado le hacía con

los ojos.

—Desde luego. Interesa que «cante».

El prisionero, acobardado por la actitud hostil de los tres hombres, protestó:

—¡La justicia me ampara! ¡Es criminal que me torturen!

—Emplearé contigo la Ley del hampa —repuso Neil.

Con ademanes estudiados, sacó su navaja, examinando el filo. Después, muy despacio, acercóse al detenido.

—¿Cómo te llamas?

—Lawrence Shute.

—¿A qué te dedicas?

—Soy fotógrafo.

—¿Quién te pagó para retratarme? Escucha. Sé que fue Wallace Cookman, pero necesito que lo oigan mis amigos. Si te obstinas en no declarar por temor a que él te mate, eres un necio, porque lo voy a hacer yo, y no con la rapidez de una ráfaga de ametralladora, sino arrancándote la piel a tiras. Me enseñó un chino a tatuar el rostro. Después te cortaré las orejas y...

Neil hablaba con ferocidad, mordiendo las palabras. Alargó el brazo, pinchando en una mejilla al maniatado Lawrence, que, con la espalda apoyada en la pared de la celda, intentó en vano retroceder. El ex federal empleó deliberadamente el lenguaje de los bajos fondos:

—«¡Desembucha, o te rajo!».

Aumentó la presión del acero, haciendo brotar la sangre. El prisionero, tembloroso, exclamó:

—¡No!... ¡No!... Fue Wallace. El es mi principal cliente. Me hallaba en el *cabaret* la noche de la entrega del dinero. Nunca me separo de mi máquina micro-fotográfica. La luz de los focos me bastó. Luego hice lo del Banco. Hoy recibí una nueva orden. Entregué el «clisé» a Irving Carroll. Yo no soy un gángster. Me gusta vivir bien y alquilo mis servicios a quien me paga. ¡No me torture!

—No pensaba hacerlo —contestó Neil, guardándose la navaja—. ¿Le basta, comisario?

—Sí. Es monstruoso que su hermano... ¿Qué hacemos con este hombre?

—Si le parece, soltarle. No dirá que ha confesado porque le matarían. ¿No es así, Lawrence?

—¡Huiré de Chicago! Se lo prometo. ¡Deme mi pistola! Tengo

licencia para usarla.

—Mejor es que me la quede yo. ¡Lárguese antes de que me arrepienta!

Cortó las ligaduras a Shute, que se frotó los doloridos brazos, mirando con rencor a Peatle.

—¡Apretó demasiado!

—No le importe. Lo esencial es que podrá «largarse». No parece muy conforme, señor Rigg.

—En efecto. Soy partidario de retener aquí a Lawrence hasta que las circunstancias aconsejen lo contrario. Ha fingido ignorar su parentesco con Wallace.

No quiero que corra usted innecesarios riesgos. Mandaré a un agente para que le vigile.

—¡Es un atropello! —protestó Shute.

—Quizá —repuso el comisario—. Mis compañeros son muy generosos. Yo no.

Rigg dio por terminado el diálogo, saliendo de la estancia seguido de Cookman y Peatle. El último cerró la puerta tras sí con doble vuelta de llave. Los tres hombres se miraron en silencio.

—Sé que aún no he conseguido la prueba definitiva —dijo Neil—, pero la demostración de que mi hermano tramó el complot contra mí, simplificará las cosas.

—En efecto —repuso Thomas—. ¿Cuáles son sus planes?

El aludido, luego de meditar unos minutos, comenzó a hablar sosegadamente. Los federales le escucharon con atención, haciendo aprobatorios movimientos de cabeza...

## CAPÍTULO X

Los disparos sembraron la alarma en la acera de Kedzie avenue, muy cerca del *night-club* «El As de Trébol». Herbert Mac Nair, que caminaba junto a Dorothy Fielding, se desplomó bañado en sangre. La agresión, por lo inesperada, obtuvo éxito. Un individuo, bruscamente, se acercó a la pareja, disparando su automática contra el hombre, sin darle tiempo a defenderse. Después, amparado por el tumulto, montando en un automóvil, se alejó del lugar del crimen.

La muchacha, a quien el terror había inmovilizado, no tardó en reaccionar. Inclínose sobre Mac Nair para comprobar que estaba muerto. Muy pálida, se puso en pie, al tiempo que un individuo de paisano rompía el cerco de curiosos.

—Circulen, señores. ¿Qué pasó, Dorothy?

La joven reconoció a Allan Clemens, inspector de la Metropolitana que frecuentaba el *cabaret* de Wallace. Con frase entrecortada le refirió lo sucedido.

—¿Por qué le mataron? ¿Por qué?

—Intentaremos averiguarlo —repuso el representante de la autoridad—. Siga al *night-club*. Procuraré que no se la moleste. Tal vez se trate de una venganza personal.

La joven obedeció, oprimiendo con manos nerviosas el bolso en el que ocultaba un revólver de pequeño calibre. Tenía la certeza de que... Estuvo a punto de gritar al sentirse cogida del brazo. Respiró al contemplar el rostro serio de Neil.

—¿Cuál era la identidad auténtica del que se hacía llamar primo tuyo? De que me respondas o no, dependen nuestras vidas.

—Era un inspector del Federal Bureau of Investigation de la última promoción. Debieron descubrirle ayer. Por eso registraron mi cuarto. La próxima víctima seré yo.

—No lo creo —repuso el joven en un susurro—. Lo hubieran hecho ahora.

—Wallace tendrá otros planes para asesinarme.

No pudieron hablar más, pues habían llegado ante el *cabaret*. Penetraron en la sala, en la que, como siempre, el público ocupaba casi todas las mesas. El dueño del local les esperaba en la «barra».

—Celebro que hayas venido pronto, Dorothy. Quiero encargarte una misión de importancia. ¿Qué te ocurre? Estás muy pálida.

—¡Han matado a Herbert Mac Nair! —respondió, mirando inquisitiva a su jefe.

El gesto de asombro de Wallace hizo dudar a Neil de la culpabilidad de su hermano.

—¿A tu primo? ¡Increíble! Cuéntame lo que sepas.

Con frase más tranquila, la joven refirió el hecho, terminando:

—El inspector Clemens, que, al parecer, venía al *night-club*, se ha encargado del caso.

—Tuviste suerte entonces. De no ser por él, te hubieran detenido para interrogarte. ¿Qué tal de nervios?

—Bien. ¿Me necesitabas?

—Sí. Entra en mi despacho. Ahora me reúno contigo. He de hablar con Neil.

La muchacha accedió, deseando estar sola, aunque fuese por unos minutos, para ordenar sus confusas ideas. Wallace pidió dos *whiskys* al camarero, y tras ofrecer uno a su hermano, inquirió:

—¿Te importaría trabajar para mí? Necesito un jefe de contabilidad que sea capaz de burlar las investigaciones de los miembros del Departamento del Tesoro. Te nombraré mi apoderado general. Tú mismo fijarás el sueldo.

—Es una buena proposición.

—Mañana concretaremos los detalles. He de ver a Dorothy.

—Cuando quieras.

No bien se hubo marchado Wallace, Neil, en actitud distraída, se dirigió a la calle, situándose de forma que las luces de los anuncios luminosos del *cabaret* proyectaran sombra sobre él. Esperó cerca de media hora, pasada la cual vio salir a la muchacha, que anduvo unos metros en la dirección en que él estaba. No se le acercó, haciéndole una disimulada seña. A la altura del canal de Illinois, penetró en un portal. El la imitó:

—¿Qué ocurre, Dorothy?

—Cerciórate de que no nos vigilan. Espero escondida.

—Bien.

Neil anduvo, en apariencia despreocupado, mirando en torno suyo. Los que pasaban eran gente que se dirigían a sus casas o a los lugares de diversión. No vio rostros conocidos.

Tranquilo por lo que respectaba a su seguridad, regresó junto a la cantante.

—No hay peligro. Podemos salir. ¿Tan grave es lo que vas a decirme?

—Sí. Wallace me ha ordenado que recoja un maletín en la dársena tercera del puerto, situada una milla al norte de la estación ferroviaria. He de estar allí a la una en punto de la madrugada. Dispongo de dos horas, según él, para cambiar mi ropa por otra más oscura.

—¿Nada más?

Dorothy abrió los ojos con espanto.

—¡Me matarán! Al descubrirse mi cadáver, el maletín contendrá algo delictivo que hará creer a las autoridades en una lucha de gangsters o una «*vendetta*» a lo Giovanni Melotti. No sospecharán de tu hermano. Así habrá liquidado dos posibles peligros: Herbert Mac Nair, agente del F. B. I, y yo...

—¿Tú, qué?

—Salgamos. Charlaremos mientras caminamos.

—¿Quién eres en realidad? Te expulsaron. No pretendas decirme que te admitieron de nuevo. ¿Te sonríes?

—Sí. Antes de encontrarme con Herbert Mac Nair he hablado con Thomas Rigg. Por él sé que puedo confiar en ti, que buscas tu rehabilitación.

—¿Qué tienes tú que ver con el comisario?

—Más de lo que imaginas.

La noche era espléndida. Un airecillo leve azotaba la cara de los jóvenes. Dorothy, en voz baja, comenzó:

—Mi expediente fue una farsa. Me necesitaban convertida en una indeseable más para que me infiltrase por cualquier medio en la organización de Wallace Cookman, sospechoso de contrabando de estupefacientes. Es una maniobra combinada de la Metropolitana y del

F. B. I.

Nadie me sobornó. ¿Vas comprendiendo?

—Sí, y te envidio. Te eligieron para una misión desesperada. Tu sacrificio te honrará en un futuro.

—Temo que no sea así. Estoy condenada por tu hermano y no me libraré. El cerco en torno suyo es perfecto. Irving Carroll...

—¿Qué tiene que ver ese gángster en esto?

—Él es otro miembro de la Metropolitana. Conozco su personalidad, pero él ignora la mía. En San Francisco procuré que se enamorara de mí. Me golpeó, abandonándome al saber que había sido contratada por Cookman. Preparaba también su historia de criminal.

—¡Lo es!

—Sí. Se le concedió carta blanca para actuar, ordenándosele que fuese el más cruel de los indeseables. Los que ha matado, merecían mil veces «tostarse en la silla». Su sacrificio es enorme. No podrá reingresar en la organización porque, pese a cumplir órdenes, ha manchado sus manos de sangre sin intervención de los tribunales de justicia. Tú sabes lo mucho que exigen a los policías. Obediencia hasta más allá de la muerte. Le pidieron que renunciase a su carrera y se convirtiese en un malhechor, prometiéndole tiempo para abandonar el país y opción de ingreso en los grupos de acción del Servicio Secreto bajo el amparo de la bandera de su patria y en territorio extranjero. Aceptó voluntario. Nadie podía mandárselo. Su padre era capitán de la Metropolitana y le mataron en Chicago. Nuestro éxito será fruto de la prudencia. No me atreví a confiarte mi secreto. ¡Quise evitarte una debilidad o una traición! Hoy es distinto. El asesinato de Mac Nair me ha hecho comprender que el duelo se resolverá a sangre y fuego. Wallace ha comenzado a defenderse al viejo estilo; es decir, con el crimen. ¿Me protegerás? Deseo que te convenzas de la culpabilidad de quien lleva tu mismo apellido.

—No es necesario. ¿Acudirás al muelle?

—Sí. Llevo mi pistola a punto.

—Yo te protegeré. ¿Qué contraseña es la tuya?

—Ninguna. Un individuo me entregará un maletín. He de llevarlo al *cabaret*. Según Wallace, no hay riesgo. Si me ven merodear por las orillas del Michigan, me supondrán una cualquiera

que va en busca del dinero que puedan proporcionarle los descargadores que frecuentan las próximas tabernas. Entremos en cualquier sitio a dejar que transcurra el tiempo. Con el vestido claro me distinguirás mejor a distancia.

Penetraron en un «drug», acomodándose en altas banquetas, al fondo del mostrador, para evitar que nadie pudiese dispararles desde la calle. Se miraron.

—¿Cómo elegiste tal vida, Dorothy?

—Haciendo prácticas de enfermera. No te extrañe. Estuve en los hospitales San José y Alemán y pude comprobar los estragos que el vicio hace en la juventud. Vi adolescentes con enfermedades inconfesables; muchachas hundidas en la depravación. Asistimos a conferencias a cargo de funcionarios del Consejo de Bienestar Público, de la Oficina de Educación, del Departamento de Hospitales y de la Asociación de Prisiones. Soy huérfana, y aunque mis padres me dejaron algún dinero, carecía de objetivos en la vida. Quise consagrarme a evitar el mal antes de que se produjera y no en las camas de las clínicas. Pedí consejo a uno de los oradores, quien me orientó al Cuerpo Femenino de la Metropolitana, alegando que es el organismo en el que una mujer puede trabajar mejor. Me preparé para el ingreso y obtuve una buena calificación. Me destinaron a las oficinas y, aburrida de manejar fichas tras una mesa, solicité un servicio con riesgos. Mi jefe pareció no haberme escuchado, pero cuatro meses después, en su despacho, me habló de Wallace y del camino para llegar a él sin sospechas. Tengo bonita voz, y comencé a darme a conocer en los bajos fondos de San Francisco. Allí conocí a Irving Carroll. Le mentí diciéndole que me había contratado Cookman en Chicago. Lo cierto es que fui a pedirle trabajo. El debió de enamorarse porque me aceptó sin reservas.

—¿Cómo vas a justificar tu ausencia de esta noche?

—Preparó ya la que ha de sustituirme.

Pidieron unos vasos de zumos de frutas, que el camarero les sirvió sonriendo, confundiéndoles con una pareja de novios. Media hora más tarde abandonaban el local.

Se separaron. Dorothy caminaba con paso firme, aún en la certeza de que iba al encuentro de la muerte. Neil, con el revólver empuñado en el bolsillo lateral de la americana, la custodiaba con

disimulo. Así llegaron a las inmediaciones del lago Michigan sin que nada turbase la paz de la noche, a excepción de los lejanos claxons y del leve rumor del agua al rozar en los muelles.

La dársena a que se refirió Wallace era un lugar magnífico para una emboscada. En uno de los laterales se apiñaban numerosos barriles metálicos y grandes fardos de mercancías. Dorothy se volvió, no distinguiendo a Neil. Un estremecimiento surcó su cuerpo. ¡Era demasiado joven para morir! ¿Por qué fue? Debió negarse. No. Ello hubiera despertado la desconfianza de Cookman.

Aquella parte del lago estaba desierta y era iluminada únicamente por la luz de la luna. Oyó pasos. ¿El hombre que esperaba o uno de los vigilantes nocturnos? Una sombra recortóse a lo lejos. Llevaba un maletín en su mano izquierda. Para serenarse, aspiró profundamente el aire. El individuo se detuvo.

—¿Quién te manda?

—Wallace —respondió Dorothy.

—Toma entonces. Debes aguardar a que me marche para hacerlo tú.

—Lo tendré presente.

El desconocido depositó el maletín en uno de los barriles, alejándose con rapidez. El silencio fue turbado por el silbido de una locomotora, procedente de la cercana estación del ferrocarril de Illinois.

Si las suposiciones de Dorothy no eran falsas, había llegado el momento terrible de defender su vida. Sacó el revólver del bolso, empuñándolo con decisión. Miró en torno suyo.

La joven, estimando imprudente prolongar su permanencia allí, dio unos pasos para alejarse en el momento en que un descargador de muelles la aferraba por la garganta con brutalidad. El agresor empuñaba un cuchillo. No hubo lucha. Neil, comprendiendo que un segundo de vacilación representaría la muerte de la joven, disparó una sola vez, apuntando al hombro del atacante. El proyectil hundióse en el cuerpo del hombre, que, con un gemido de dolor, soltó su presa. El ex federal acercóse a él, encañonándole.

—¿Quién te ha pagado para hacer esto? —inquirió—. Habla o disparo.

El indeseable, sosteniéndose difícilmente en pie, miró a Neil con expresión de terror. Repuso:

—»Un hombre me propuso que liquidara a la chica para apoderarme de un maletín con opio. Me espera para compartirlo.

—¿Pensabas hacerlo?

—No. Los riesgos...

Oyóse próximo un silbato. Uno de los vigilantes de los muelles llamaba a sus compañeros. Neil, cogiendo del brazo a Dorothy y apoderándose del maletín, ordenó:

—¡Vamos!

Huyeron, dejando al individuo apoyado en uno de los barriles, muy pálido, gimiendo de dolor. No les fue difícil llegar a Halsted Street sin ser detenidos. En la Calle 12 hicieron alto.

—Tomemos un taxi —propuso Neil.

Ya en el interior del vehículo, utilizando un juego de ganzúas y con disimulo para que el chófer no advirtiese su maniobra, Neil abrió la pequeña maleta, examinando su interior. Cerró de nuevo.

—¿Qué contiene? —inquirió Dorothy.

—Recortes de periódicos. ¡Wallace es un miserable! ¿Qué piensas hacer?

—Contarle que fui atacada y logré escapar hiriendo a mi enemigo.

—¡No vayas! ¡Escóndete! Quizá no falle un segundo intento.

—Correré el riesgo. He de vigilar de cerca a ese hombre. Es mi deber.

—De acuerdo.

Facilitaron al taxista las señas de «El As de Trébol», y Neil se apeó antes, entreteniéndose unos quince minutos, pasados los cuales penetró en el *night-club*. Dorothy le esperaba en el *hall*. Nada más verle, le anunció, procurando no ser oída:

—Carroll me informa que Wallace ha recibido la visita de un detective particular, marchando a ver a su madre.

—No.

—Se lo advirtió a Irving, dejándole vuestro número telefónico para que le avisara si había novedades. ¿Tanto te preocupa? Te tiemblan las manos, Neil.

El aludido, con voz sorda, replicó:

—Es de ira. ¿Hace mucho que se fue Wallace?

—Más de una hora.

—¡Imposible alcanzarle! Adiós, Dorothy.

—¡No cometas imprudencias! Deja que nuestras investigaciones sigan su curso. No hagas algo de lo que puedas arrepentirte toda tu vida.

Le acompañó hasta la puerta.

El automóvil particular de Neil se hallaba en un garaje de Michigan avenue, y el joven se dirigió a tal lugar, enfilando después la carretera de Jaliel.

En el alma del joven se agigantaba la angustia.

¿Qué informes facilitó la agencia de detectives? ¿Sabría Wallace la existencia de su hijo? La extraordinaria velocidad del coche tuvo que ser reducida por las numerosas curvas y el mal estado del pavimento.

—Llegaré tarde —se dijo Neil, desalentado.

Su sorpresa fue enorme al alcanzar la puerta principal de la casa. Temía ver luces encendidas y no halló más que silencio y oscuridad. El corazón palpitó gozoso en el pecho del joven. ¡Tal vez habían facilitado a Wallace unas señas erróneas o, pensándolo mejor, su hermano decidió no complicar en su futuro a su anciana madre!

Con el llavín abrió la puerta del garaje, dejando el coche. Luego, penetró en la casa, dirigiéndose a su habitación del piso superior.

## CAPÍTULO XI

Después de asearse, gozando con la idea de la sorpresa que su presencia iba a producir a su madre y a su prometida, Neil Cookman descendió al piso bajo, en el que se hallaba el comedor. Estaba seguro de que no le oyeron la noche antes.

Una voz de hombre le dejó petrificado, mudo de sorpresa y de cólera. ¡Wallace! ¿Cómo era posible?

La explicación se la dio su hermano mientras untaba una tostada con mantequilla.

—Llegué tarde y no quise despertar a mamá. Recordé mis tiempos de niño y trepé por un árbol, entrando por una de las ventanas superiores. Estaba entreabierta. Di la luz. En el cuarto, destinado a desván, había una cama, y en uno de los rincones las mantas de invierno. Improvisé un lecho, y hoy he sido el primero en levantarme. Ignoraba que estuvieses aquí. ¿Hiciste lo que yo?

—No. Utilicé mi llave. ¡Debiste pedirme permiso para venir!

El tono áspero inquietó a la madre, que, segundos antes, escuchara, feliz, las explicaciones del mayor de sus hijos.

—No os peleéis como siempre. Lo esencial es que de suevo estamos reunidos.

Gertrude Dermontt sonrió a Neil, suplicándole, sin palabras, que no provocara enojosas escenas. En un lateral, junto a la ventana, Sarah Thurber escuchaba el diálogo. Estaba pálida, pero tranquila.

Disgustado, sin apetito, el joven Cookman tomó una taza de café y unas galletas. La anciana, atenta a los menores detalles, inquirió:

—¿No comes más? Tienes motivo para estar contento y reconciliarte con tu hermano. Me ha dicho que te ha ofrecido un buen empleo. ¿No es así, Wallace?

—Exacto. Haré lo imposible por reparar el daño que os hice.

Desde hoy os visitaré a menudo. ¿Te agradaría, Sarah?

—No soy quién para opinar. Haz lo que tu madre te aconseje.

Neil Cookman, deseando un pretexto para arrojar a su hermano de casa de modo definitivo, anunció:

—Vine a decirte, mamá, que Sarah y yo nos hemos prometido, y pensamos casarnos.

Hubo un breve silencio, roto por Gertrude.

—Me alegro por los dos. No creo que sea el momento más oportuno para dar la noticia.

—No te preocupes por mí —intervino Wallace—. Que sean felices. Sarah se lo merece. Me porté mal con ella.

El tono de voz del propietario de «El As de Trébol» y la resignación que se adivinaba en sus palabras emocionaron a Gertrude Dermontt.

—Nunca es tarde para rectificar. Me voy unos minutos. Daré órdenes a la cocinera para que nos prepare una buena comida. Neil, no amargues mis últimos años con rencores.

El joven se mordió los labios para evitar contarle a su madre quién era en realidad Wallace. La pausa fue larga. Irónico, el gángster sugirió:

—Si os molesto me voy.

—Debieras hacerlo en el acto y para no volver.

—Eso no eres tú quién ha de mandármelo.

—¿Quieres matarla de pena cuando te lleven a la silla eléctrica? Sarah sabe que eres un asesino, un traficante en drogas, un cobarde...

Los insultos restallaban en el aire con inusitada violencia. Wallace rugió:

—¡Calla, o no sabré contenerme!

—¡Es lo que deseo para machacarte la cara a golpes! Soy el único capaz de borrar tu estúpida máscara de frialdad. ¿Sabes que he hecho declarar a Lawrence Shute? No te asustes. Peores cosas van a sucederte. Tú has deshecho mi carrera. ¡Eres un malvado!

Los dos hombres se retaron con la mirada. Wallace destrozó el monóculo con dedos nerviosos, hiriéndose levemente.

—¡No sabes lo que dices, Neil!

—Mejor que tú. Me ofreciste anoche el empleo para poder contárselo a mamá. La policía te acecha y no tardarás en responder

de tus crímenes.

—No hay pruebas contra mí.

—No lo dices con demasiada firmeza. Los federales son maestros en capturar alimañas de tu especie. Si aún te queda dignidad y honor, aléjate de nosotros. ¡No amargues los últimos años de una mujer que ha sufrido mucho por tu culpa!

La ira de Neil cedió para dejar paso a la angustia. Sentía lástima de su hermano.

—¿No has presenciado ninguna ejecución, Wallace? Óyeme atento. No es único el caso de que en una noche blanqueen los cabellos del que espera la muerte, no una muerte heroica ni rápida, sino infamante y con ceremonias capaces de hacer temblar las piernas al más valeroso. ¡El minuterio de la vida avanza con rapidez increíble! «Me ejecutarán al amanecer», piensa el condenado. «Acaban de dar las once de la noche en el reloj de la prisión. Aún quedan horas; puedo seguir respirando, viviendo...». ¡Qué pronto llegan las luces del día, y con ellas pasos de hombres que se detienen ante la celda! En algunos casos, mientras el cortejo camina hacia la sala de ejecución, los presos aúllan incapaces de soportar la fuerte crisis emocional, en una gigantesca melodía de muerte... Después, el verdugo implacable, el saco cubriendo la cabeza para que no se vean los ojos desorbitados, las luces que disminuyen de potencia...

Fuera de sí, Wallace avanzó un paso hacia su hermano.

—¡Basta!

—Sí. Un reinado de crimen siempre acaba con un tiro por la espalda o un veredicto de culpabilidad. Dile a mamá que te vas al extranjero. No vuelvas. Es mejor que te crea un mal hijo a un ajusticiado.

En el aire, el silencio parecía vibrar como la cuerda tensa de un violín. Sarah habló a su vez:

—Si es cierto lo que dice Neil, márchate. Te lo pido por... —Fue a decir «tu hijo»; se contuvo a tiempo—, por lo que más ames, por tu mejor recuerdo.

—Mi mejor recuerdo eres tú —dijo el gángster, ronco, sintiendo por primera vez el peso de su responsabilidad.

—Entonces por mí. ¡Dios mío!... ¡Es horrible!

La mujer sollozó, y los dos hombres la miraron sin ver al

pequeño Alfred hasta que no se refugió en los brazos de Sarah.

—¡Mamá!... ¿Qué te pasa, mamá?

—Nada, hijo. ¿Cómo viniste, desobedeciéndome?

—¡Me escapé. No podía estar lejos de ti!

Wallace Cookman, con las mandíbulas crispadas por un presentimiento, cogió al niño de una mano.

—A tu madre no le ocurre nada. ¿Qué día naciste?

Antes de que Sarah pudiera impedirlo, Alfred respondió la fecha exacta. El dueño de «El As de Trébol» meditó unos segundos. Por sus mejillas de hombre duro, insensible, rodó una lágrima.

—¿Cómo te llamas?

—¡Alfred Cookman! ¿Y tú quién eres?

—¿Yo? ¡Qué importa eso, pequeño!

—¡No te quiero! ¡Has hecho llorar a mamá!

—Es cierto —la emoción se estrangulaba en la garganta de Wallace—. Tienes que perdonarme. Los niños son siempre generosos.

Alfred, soltándose, regresó junto a su madre.

—Ve al jardín.

—¡Sí, mamá!

Apenas solos, Wallace preguntó con más pena que ira:

—¿Por qué me ocultaste al hijo, Sarah? ¡Me hubiera hecho tanto bien saber su existencia!

—Temía que me lo arrebataras. Esta mañana, al saber tu llegada, le envié a la finca de unos vecinos con el mandato expreso de que no regresara hasta que no fuese por él. La Providencia es sabia. Ya hay otro motivo para que escuches a Neil, y, si es posible tu salvación, la intentes.

—Le reconocí yo, dándole el apellido Cookman —agregó Neil—. Para el pequeño no existe sino un tío Wallace al que no conoce.

—¿Qué le contasteis de su padre?

—Que murió en un accidente de aviación. Dentro de unos años le referiremos la verdad.

—Comprendo. Vosotros sois mejores que yo, pobre ambicioso. No puedo retroceder. Seguiré el destino que me he trazado. Vuelve conmigo a Chicago, Neil. Te entregaré algo que te rehabilitará. El recibo que robé de tu alcoba. Con él y el testimonio de Lawrence Shute bastará. Seguiré vuestro consejo. Voy a despedirme de mamá.

No tardo en reunirme con vosotros.

Salió, recobrada su firmeza de ánimo.

—¿Es posible su regeneración, Neil?

—Para la del espíritu nunca es tarde. No obstante, tiene deudas con la justicia y la Ley es inflexible.

—Una vez que consigas las pruebas de tu inocencia, regresa con nosotros. Tardarán varios días, quizá semanas, en readmitirte. Nada te obliga a proceder contra Wallace.

—Así lo haré.

Callaron, con el pensamiento puesto en el incierto destino del mayor de los Cookman, que no tardó en entrar.

—Ve con mamá, Sarah. Está llorando. Cuando quieras, Neil. Usaremos mi coche.

—Ahora mismo.

Al cruzar el jardín, Wallace se detuvo junto a su hijo.

—Dame un beso, pequeño. Mamá ya no llora ni volverá a hacerlo por mi culpa.

Alfred dudó, mirando a Neil, que le hizo un gesto para que accediera. El hombre sin sentimientos, que había ordenado numerosos asesinatos, temblaba como una criatura al sentarse en el automóvil tras haber abrazado al que era carne y sangre suya.

Hasta no entrar en la ciudad no cruzaron palabra. Wallace conducía despacio, como si le doliera aumentar la distancia entre él y el pequeño Alfred.

—¿No me odias, Neil?

—No. Si pudiera salvarte, lo haría.

—Gracias.

Se apearon en la puerta principal del *cabaret*, en el que varias mujeres se dedicaban a faenas de limpieza. Wallace hizo girar el picaporte de su despacho, sorprendiendo en él a...

—¡Irving! ¡Maldito traidor!

Su lugarteniente estaba tan enfrascado en el registro de la caja de caudales que se dio cuenta tarde del mortal peligro que le amenazaba. Cookman, con un revólver, le encañonaba. Carroll se puso en pie con admirable serenidad.

—No es razonable que me queje. En el tiempo que llevo a su servicio he hecho lo mismo en su hotel del paseo de la Orilla del Lago y en la fábrica de alcoholes, obteniendo pruebas que ya obran

en manos de los federales. Conseguí engañarle. No es tan inteligente como cree, Wallace.

—No gozará la victoria. ¿Por cuenta de quién trabaja?

—No me importa decírselo. Pertenezco al

F. B. I.

—¡Usted! ¡Un asesino! Mató a Franc Price, a Anthony Bliven y a dos secuaces de Giovanni Melotti.

—Sí. No lo hice también con el italiano para dar lugar a su «*vendetta*» y, por tanto, a la eliminación de gangsters en luchas de organizaciones rivales. Por cierto que encontré algo que le interesa, Neil. Un recibo en el que Wallace reconoce adeudarle ciento setenta y dos mil dólares. ¿Va a matarme ya?

En el «boss» renació el espíritu de combate. Aún no estaba todo perdido. Si lograba eliminar a Irving tal vez tuviera tiempo de abandonar Chicago. Neil se dio cuenta, por la contracción del rostro de su hermano, de que se disponía a hacer fuego, y, sin meditar las consecuencias de sus actos, se arrojó contra él decidido a desarmarle.

Wallace, que esperaba tal reacción, apretó por dos veces el gatillo, y los proyectiles se hundieron en la carne de Carroll, volviéndose a tiempo de golpear al ex federal en la mandíbula con el cañón del arma. Neil retrocedió turbado, pugnando por no perder el sentido, y el gángster aprovechó la breve tregua para huir. El joven fue a seguirle, pero le contuvo la voz de Irving:

—No vaya en su persecución. No podrá salir. Me contó Dorothy su valeroso comportamiento de anoche. El Estado Mayor se equivocó al juzgarle...

Tosió levemente y la sangre afloró a sus labios. Neil, impresionado, se inclinó sobre él, examinando las heridas. Una bala debió de atravesarle un pulmón.

—Llamaré a una ambulancia, Irving.

—Es inútil. Me ofrecí voluntario y la muerte reclama el precio del triunfo. A Cookman sólo era posible vencerle confiándole, y para ello había que convertirse en asesino.

—Asesino de gangsters —rectificó Neil—; de hombres merecedores una y cien veces del patíbulo.

—No justifica. Únicamente los tribunales pueden sentenciar. Lejos de mi patria, aún en el Servicio Secreto, iba a sufrir la

nostalgia de la convivencia con mis camaradas de la Metropolitana. ¡Deme su mano! ¡Ya no le veo! ¿Oye? Dan caza a la fiera...

Irving sonrió mientras se escuchaban detonaciones. Neil insistió en su primer propósito:

—Saldré por un médico.

No obtuvo respuesta. El joven Cookman se dio cuenta entonces de que Carroll no necesitaba más auxilios que los divinos. Fuera, arreciaban los disparos.

Salíó al salón destinado al público. Thomas Rigg, parapetado detrás de una columna, le gritó:

—¡Al suelo, Neil!

Obedeció. Se hallaba entre dos fuegos. Al fondo, Wallace y dos hombres de su escolta personal resistían ocultos por las mesas amontonadas para facilitar la limpieza. Desde el *hall*, los federales, al mando del comisario, les hacían fuego con metralletas y revólveres.

Arrastrándose, Neil llegó junto a Rigg.

—A sus órdenes.

—¡Abandone inmediatamente el local!

—¡Pero...!

—No quiero que se mezcle en esto.

—Irving ha muerto.

El rostro del comisario se contrajo.

—¿Cómo fue?

Neil refirió lo sucedido, terminando:

—Intenté evitarlo. Wallace no se entregará vivo.

—Lo sé. He enviado a un coche de la Patrulla por caretas y bombas de gases lacrimógenos. ¡Salga!

—¡No! Evitaré más muertes. Ordene alto el fuego.

Sin aguardar respuesta, a pecho descubierto, Neil avanzó hacia el lugar donde se protegían los indeseables.

—¡Ríndete, Wallace! Bastante daño has causado ya.

—¡No des un paso más! —Je gritó el aludido sin descubrirse—. No te mezcles en lo que no te concierne.

—Tendrás que asesinarme también.

Se había hecho silencio. Los defensores de la Ley contemplaban el rasgo heroico de su antiguo camarada, que, impassible, continuaba caminando en busca de...

Un disparo rompió la breve tregua. Neil, alcanzado por el proyectil, cayó de rodillas. Quiso incorporarse y no pudo conseguirlo. El comisario Thomas Rigg presenció entonces algo inaudito. Wallace mató fríamente a los gangsters de su escolta y, con una automática en cada mano, dirigiéndose a sus enemigos, les desafió:

—¡Venid por mí si os atrevéis!

Un agente avanzó para morir. Tronaron las pistolas de Wallace. Un cabo de la Metropolitana le lanzó una ráfaga de ametralladora, alcanzándole en el vientre. Sin un gemido, Cookman, encogiéndose, se desplomó sobre su hermano...

## CAPÍTULO XII

Lo primero que vio Neil Cookman fue el rostro surcado de lágrimas de Sarah Thurber. Sin duda soñaba. Cerró los ojos para abrirlos de nuevo. La mujer le sonreía con cariño.

—¿Y Wallace? —inquirió el herido.

Le respondió Thomas Rigg, en el que Neil no había reparado:

—Murió. Lleva usted cerca de cuarenta y ocho horas inconsciente. El proyectil iba derecho al corazón, siendo desviado por... Tome. ¿Lo reconoce?

El comisario, con gesto paternal, tendió al joven el dije de oro con la fotografía de Sarah, abollado en la parte inferior.

—Quiero darle dos buenas noticias. La primera es referente a su salud. La bala no interesó ningún órgano importante. La segunda la resumiré en lo posible. Sobre la mesilla tiene su revólver de reglamento y su carnet de inspector. El Estado Mayor le ofrece sus excusas.

—Gracias. No son necesarias. Actuaron en justicia.

—¿No está enojado con nosotros, Neil? ¿Conmigo tampoco?

—No. Prueba de ello es que le suplico sea nuestro padrino de boda. Nos casaremos apenas el médico lo permita. ¿No es así, Sarah?

—Lo ambiciono tanto como tú.

El comisario estrechó la mano de Neil y la de la muchacha.

—¡Celebro ser el primero en darles la enhorabuena. Acepto ese padrinzago. Será un honor para mí. Vendré a visitarle con frecuencia!

—Gracias otra vez, comisario.

Thomas Rigg abandonó la habitación del sanatorio de Lake Side donde Neil fue conducido en una ambulancia segundos después de

la muerte de Wallace. Quedaron solos los enamorados.

—¿Lo sabe mamá?

—No. Allí no recibimos periódicos. Inventé un pretexto, una vieja amiga. Su corazón no resistiría la verdad.

—Eres muy buena, Sarah.

—Os quiero a los dos. Eso es todo. Mi presentimiento resultó profético.

Acarició la frente del herido.

—Te debo la vida. Tu dije de oro...

—Fue un milagro del amor. Dios no permitió que murieras...

FIN

Alar Benet nació en Madrid, España en 1923.

Pseudónimo utilizado por Juan Alarcón Benito, prolífico escritor en toda clase de géneros con publicaciones editadas desde los años 50 hasta finales del pasado siglo.

Otros pseudónimos utilizados: Andrea Melotti, Fatt Rowner, John Strong, July Bungler, Magda de Medrano y John A. Lakewood.

Así mismo fue uno de los dos guionistas de la celebrada serie de Televisión Española emitida entre 1971 y 1974 titulada «Crónicas de un pueblo» en la que se narra la vida cotidiana de un pueblo tipo de España en el tardofranquismo. Ésta fue la primera serie dirigida por Antonio Mercero en TVE.

En la biblioteca nacional de España consta como autor de 564 obras y como partícipe de otras 71.